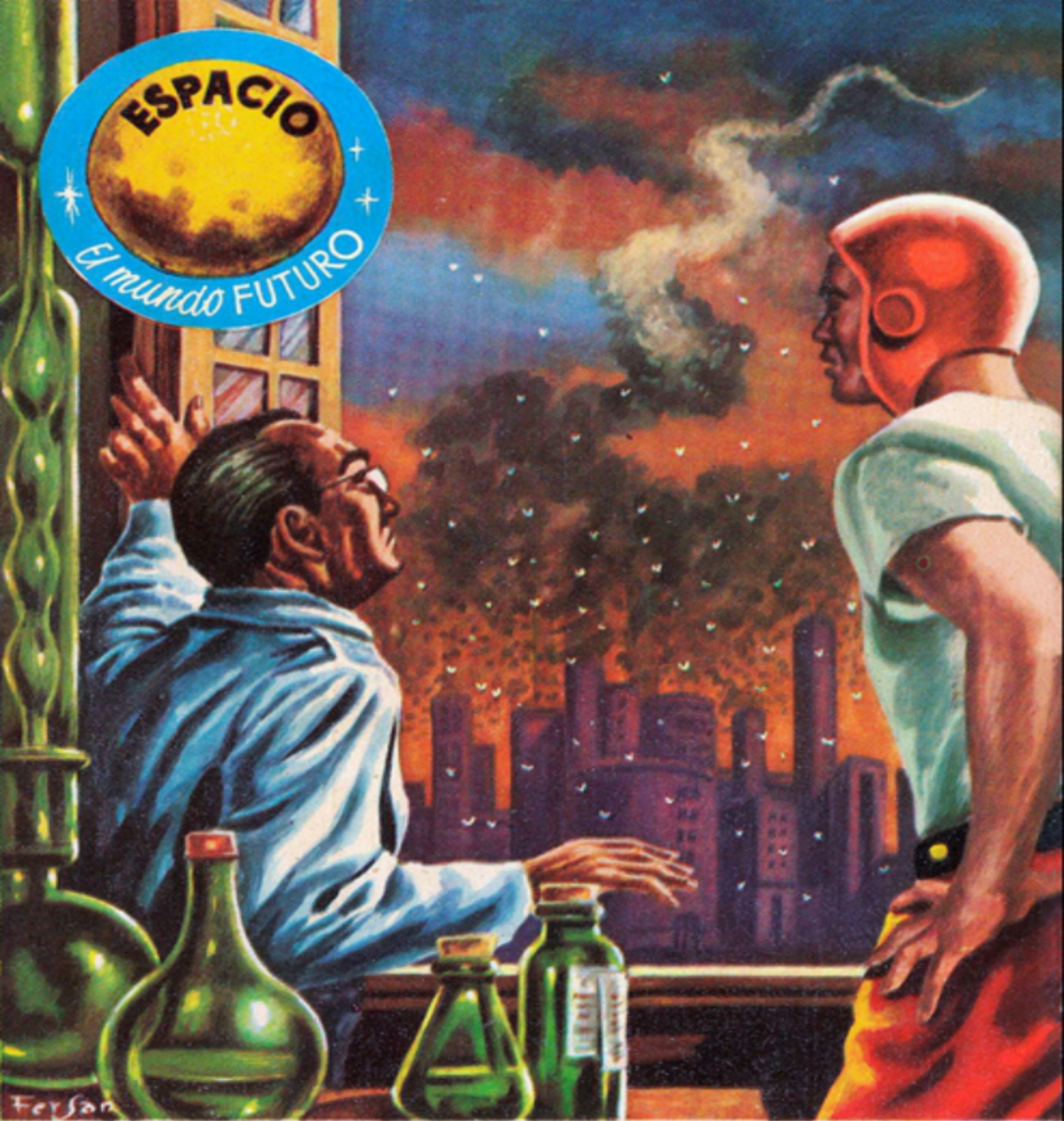


¡MANDA TITÁN!

LAW SPACE

¡Manda Titán!

CAPÍTULO PRIMERO

No había, en la mirada de Eliot Winder, ni el menor asomo de rencor. Sin embargo, ante el hombre que le había ganado, por puntos, la mujer amada, debía haberse mostrado, al menos, francamente irritado.

No.

Eliot Winder consideraba las cosas con una sangre fría formidable. Y, por otro lado, admitía la derrota, cuando ésta, sobre todo, provenía de una muchacha como Irma Chevernon, cuya inteligencia y espíritu lógico no podían, en modo alguno, ponerse en tela de juicio.

¿Para qué, pues, mirar hoscamente a Lorent Dehly?

Allí estaba, feliz como el más dichoso de los hombres, comiéndose con los ojos a Irma, no dando crédito a su situación y creyéndose victima de la más hermosa alucinación que un ser humano había sufrido jamás.

«Igual estaría yo», se dijo Eliot.

Y le disgustó, en cierto modo, que los seres humanos, en idénticas circunstancias, adquiriesen aquella pose insípida, poniendo aquellos ojos de carnero a medio morir y suspirando como si acabasen de tragarse un fuelle.

En cuanto a ella...

Indudablemente, las mujeres poseían una serie de ventajas que hacían que hallasen una expresión normal en los más emotivos instantes de su vida; pero, llevado esto a Irma, se lograba la serenidad soñada, la tranquilidad suprema. Como si ella, mujer y diosa a la vez, estuviese a

mil codos de altura sobre los íntimos hechos que la rodeaban al codearse con los humanos.

Y era aquello, precisamente aquello, lo que admiraba Eliot, lo que le hacía sentirse, en cierto modo, desgraciado hasta lo inconcebible...

«La has perdido para siempre, Eliot»

Y ésa era la verdad.

— ¿Cuándo os vais?

Convenía romper aquel molesto silencio, aunque no fuese más que para obligar a Lorent a que dejase de mirar a su esposa... con aquel rostro que haría reír a carcajadas al hombre más integro.

Fue ella la que contestó:

— Esta noche.

— ¿Puede conocerse el itinerario de ese viaje de novios?

Irma sonrió:

— Primero Marte... Queremos pasar unos días en el hotel Universo...

— ¿Después?

— Una visita a las «ferro—fuentes» de Júpiter y quizá, si nos queda un poco de tiempo, unas fotos ante el anillo de Saturno.

— ¡Muy romántico!

Lorent saltó, como si acabasen de pincharle con un alfiler:

— No veo la gracia...

Intervino Irma:

— Eliot no hablaba en serio, amor mío... Y, en el fondo, tiene un poquito de razón...

— ¿Tú crees, cariño?

— Si. ¿Qué pareja no ha hecho su foto ante los anillos de Saturno? Es un poco como, el siglo pasado, la foto obligada ante la Torre Eiffel...

— Si quieres, no vamos a Saturno...

— ¿Por qué no? Ya sabes que mi viaje de novia tiene un doble objetivo. Hasta ahora, encerrada en mi laboratorio de Genética, no tuve ocasión de salir al espacio... Miento; fui un par de veces a Base—Luna, a pasar el fin de semana; pero allí no hay nada que me interese.

— ¿Piensas coleccionar insectos en los planetas? —inquirió Eliot.

— ¿Por qué no? Tiempo tendremos de hacerlo. Hace muchísimo tiempo que deseaba tener una buena colección de insectos planetarios. Ahora es la ocasión...

Y mirando a su marido:

— No somos ricos, ¿verdad, Lorent? Tú, con tu cátedra de Filología, Clásica y yo con mi pequeño sueldo de profesor de Genética...—Se volvió hacíaWinder —. ¡Todo el mundo no tiene la suerte de ser el dueño de una de las industrias químicas más potentes del mundo!

Eliot le hubiese dicho, con muchísimo gusto, que habría dado todo, convirtiéndose en un simple filólogo clásico, por poder tenerla en los brazos; pero era inútil hablar de ello.

— Te estás burlando...—dijo en voz alta.

— No.

— Ya sabéis que, si necesitáis algo...

Lorent, muy digno, enrojeció:

— ¿Qué insinúas, Winder?

— Nada.

Sin embargo, aquel viaje de novios se había convertido en realidad gracias al cheque que Eliot había regalado a la pareja.

— Voy a largarme —dijo.

— Te echaremos mucho de menos —sonrió ella, amistosamente.

— ¿Indirecta?

Eliot sonrió tristemente; después, poniéndose en pie, estrecho la mano que su rival vencedor le tendía y se acerco a la muchacha:

— Ya sabes que te deseo toda clase de venturas, Irma...

— ¡Eliot!

La muchacha se echó a sus brazos, besándole tiernamente. Eliot sintió la humedad de sus mojadas pestañas sobre el rostro.

No podía resistir mas y salió, dando un portazo, perdiendo, en una sola ocasión, todo lo que había conseguido a fuerza de sangre fría.

* * *

— Tendremos que preparar los equipajes, querido.

Lorent sonrió:

— Los míos ya están dispuestos. ¿Quieres que te ayude a hacer los tuyos?

— ¡Un momento, señor marido! ¿No le parece un poco precipitada... esa curiosidad?

— Iré al bar, abajo. Subiré dentro de... ¿cuánto?

— Quince minutos.

— Está bien.

Irma se quedó sola.

Ideas contradictorias, algunas de ellas dolorosas, trotaban por su mente.

Sí, se había casado, eligiendo al que le parecía convenirle mas de los dos... ¿Por qué no experimentaba la felicidad que esperaba sentir al salir de la iglesia?

¿O es que aquélla era la felicidad que debía sentir una muchacha recién casada?

Poco valía, entonces, toda la ilusión que había ido bordando, cariñosamente, con la misma ternura que había elegido su traje de novia... Aunque no podía ser. Había algo extraño, paradójico, en todo esto; algo que debía producirse después; algo que mereciese la pena...

«Quizá no le quiera lo bastante», pensó.

Le asustaron sus propias ideas. Y deseosa de dejar de pensar, se lanzó con un frenesí un poco pueril a arreglar su ropa en las lujosas maletas. El contacto de aquellas telas, fabricadas casi todas con fibras exóticas, le devolvió un poco de la paz que tanto ansiaba.

«Soy una tonta», se dijo.

Y sonrió.

Terminó mucho antes del tiempo que había previsto y encendió un cigarrillo, dejándose caer en uno de los confortables sillones de la elegante y suntuosa habitación del hotel.

¡Pobre Eliot!

¿Por qué volvía, con tanta insistencia, la imagen de Winder a su mente? Era completamente estúpido condolerse ahora, ya que habla tenido suficiente tiempo para decidirse entre los dos. Y lo había hecho, ateniéndose a todas las consecuencias posibles.

¿Entonces?

Meneó la cabeza, de un lado a otro, dejando que su larga. cabellera rubia reflejase las luces indirectas de la estancia.

Pronto se curaría de aquel recuerdo, cuando la vida conyugal se iniciase y otros problemas viniesen a ocupar su mente.

Llamaron a la puerta.

— ¿Quién es?

— Yo, querida.

— Pasa, Lorent.

Su esposo entró, con un lindo ramo de flores en mano.

— Encontré esto en el «hall» y pensé que te gustarían.

— ¡Eres un encanto! Haz el favor de ponerlas en aquel jarrón. Verdaderamente, no debías haberte molestado. Ya sabes que la astronave saldrá muy pronto.

El torció el gesto.

— No, amor mío… Sale con un poco de retraso. ¿Están bien aquí?

Había colocado las flores, con cierta gracia y ella se dio cuenta de que debía haberle besado, como premio natural y lógico la su galantería.

Pero no lo hizo.

— ¿Has terminado de hacer tus maletas? —inquirió él.

— Sí. Todo está preparado. ¡Lástima que la astronave salga con retraso… ¿Te has podido enterar del motivo?

—Sí. Parece ser que viajará con nosotros un personaje importante.

Ella, sin saber por qué, se sintió súbitamente tierna.

— ¿Es que hay algo más importante en la vida que dos recién casados? ¿Qué te parece, Lorent?

— ¡Naturalmente, querida!

Había puesto muy poco entusiasmo en aquella exclamación, que sonó a huera. Y ella se extraño.

— ¿Te pasa algo, cariño?

— Nada, Irma. Sólo que estoy deseando que salgamos de aquí.

Ella sonrió.

— Un poco de paciencia. ¿Por qué no bebemos algo?

— Yo no tengo ganas.

— Qué raro. No has dejado de beber en todo el día. Estás algo raro.

— Quizá sea por eso mismo. ¿Qué quieres?

— Un «martini».

El preparó la bebida, sirviéndosela ceremoniosamente. Irma la bebió, a pequeños sorbos, extrañándose de aquella frialdad educada de Lorent.

¿Se habría enfadado por el beso que le dio a Eliot, como despedida?

¡Era absurdo y estúpido!

Lorent la conocía lo suficiente para saber que cuando le había elegido lo había hecho definitivamente, sin ambages, completamente decidida a serle fiel el resto de sus días.

Estaba dispuesta a borrar cualquier impresión que hubiese torcido el humor de su marido. Y para demostrarle, al mismo tiempo, cuánto iba a necesitarla en los momentos de depresión, se acercó él, por la espalda, poniéndole las manos sobre los hombros.

— Dame un beso, Lorent.

El se volvió, posando los labios sobre los de su mujer.

Y entonces, con una claridad sorprendente, Irma se percató de que, sin ningún género de dudas, aquel hombre no era su marido.

* * *

A través de la amplia ventanilla rectangular, en el comedor de la astronave, las estrellas eran visibles con una limpieza de silueta verdaderamente impresionante.

Apoyada en la mesita, sin haber casi probado los manjares que el camarero marciano les había servido, Irma parecía seriamente maravillada ante el insólito aspecto del Cosmos.

Pero, en realidad, sus ideas no estaban tan lejos. Y si no se atrevía a mirar al hombre que cenaba con ella, era porque estaba completamente segura de que era un extraño.

Sin embargo, el parecido era maravilloso —¿se podía llamar a aquella identidad parecido?— y no había posibilidad de diferenciar al hombre que estaba frente a ella con el que había aceptado como esposo horas antes.

Entonces ¿de dónde venía aquella seguridad de que no era «él»?

Irma no hubiese podido explicarlo; pero la sensación de extrañeza persistía, con una fuerza igual a la del momento en que, al besarle, se dio cuenta de ello.

Durante los primero momentos, todavía en el hotel, se estremeció de terror, creyendo que estaba perdiendo la razón, ya que aquellas ideas

no podían producirse más que en la. mente de un esquizofrénico.

Pero después, serenándose, tuvo que admitir la realidad, aunque hubiese sido incapaz de explicarle.

Aquel hombre no era Lorent Dehly.

De eso no le cabía la menor duda. Pero lo que le imponía un clima de indescriptible angustia era el preguntarse quién y por qué estaba engañándola. Se dio cuenta también de lo que le faltaba el verdadero Lorent y cuanto hubiese dado por tenerlo a su lado.

— ¿Estas enferma, Irma?

Ella no se atrevió más que a lanzarle una rapidísima mirada. En realidad, tenía miedo y no deseaba que «ellos» se diesen cuenta de que se había percatado del fraude de que le hacían objeto.

— No es nada.

Pero él insistió.

— Estas muy pálida, Irma… tus manos tiemblan… ¿Por qué no vamos a que te vea el doctor de a bordo?

¡Qué idéntica era su voz y sus ademanes y gestos!

Por momentos, cuando dejaba de pensar «en lo otro», le parecía estar al lado de su verdadero esposo, y aquella idea la aterró mucho más, ya que abría la posibilidad de que estuviese verdaderamente enferma.

¿Qué perdería yendo al médico? Quizá pudiese explicarle lo que sentía y encontrar un aliado en él.

Miró francamente a Lorent.

Y volvió a sentir, con más fuerza que nunca, aquella sensación que le hacía ver al hombre que tenía enfrente como a un extraño.

— Creo que tienes razón, querido —¡cuánto le costó pronunciar aquel «querido»! —. Creo que me convendría visitar al doctor.

El sonrió.

— Vamos, Irma. Pero no te asustes, no debe de ser nada grave. Quizá ese «mal del espacio» que se siete la primera vez que se hacen viajes tan largos como este.

— Puede ser.

Se levantaron, abandonando el lujoso comedor de la astronave. En la puerta, ella se acercó a uno de los uniformados empleados:

— ¿El gabinete del doctor, por favor?

— Al final del pasillo, señora... Ya verá el letrero luminoso y la cruz roja.

— Gracias.

Lorent la seguía, y cuando llegaron ante la puerta, ella se volvió, suplicante:

— ¿Por qué no me dejas entrar sola, querido?

Lorent sonrió y galantemente accedió:

— Lo que quieras, cariño; te esperare en este saloncito.

Al cerrarse la puerta de la consulta tras ella, Irma se sintió otra, como si las maléficas maniobras que se ejercían sobre ella hubiesen cesado en el dintel mismo.

Una enfermera estaba sentada detrás de una minúscula y graciosa mesita de plástico.

— Quisiera que el doctor me visitase.

— Muy bien. ¿Su nombre, por favor?

— Irma Chevernon—sonrió, rectificando prestamente—. ¡Irma Dehly; perdone!

— Recién casada, ¿verdad?

— Si. Sólo puede ocurrirle a una recién casada olvidar el nombre que acaba de adoptar.

La enfermera era extraordinariamente simpática e Irma se sintió mucho más tranquila. Después, cuando la joven le hizo una seña, invitándola a entrar en la consulta, volvió a experimentar la angustia precedente, ya que no sabía cómo empezar a explicar lo que había sentido.

El médico era tal y como lo había imaginado: un hombre de unos

cincuenta años, de rostro bondadoso y voz suave.

— Por favor, señora Dehly, siéntese y póngase cómoda.

Ella obedeció.

— Veamos—siguió diciendo el galeno, sin abandonar la comprensiva sonrisa que tenía en los labios—. ¿Qué me cuenta usted?

Elia dudó unos instantes; después confesó:

— Tengo mucho miedo, doctor... ¡mucho miedo!

La sonrisa se acentuó.

— No debe tenerlo. Está usted entre amigos, alejada de todo peligro... ¿Por qué ese miedo entonces?

— Tengo la idea de que mi marido no lo es...

El médico frunció ligeramente el entrecejo.

—¿Quiere explicarse mejor, señora?

— Sí. Vera usted. Yo estaba haciendo las maletas en el hotel y mi esposo salió unos instantes. Al volver, tuve la clara sensación de que no era el mismo...

— Bien, bien...

— Ya sé, doctor, que esta clase de ideas suelen caracterizar las enfermedades esquizofrénicas...

— ¡Vamos, vamos, señora mía! ¿No se da usted cuenta del daño mental que se hace al colocarse en ese exagerado extremismo?

— ¿Entonces?

— Escuche: esas ideas de desdoblamiento de la personalidad, cuando se refieren a otro ser que el que las experimenta, son casi siempre resultado de un estado de intoxicación pasajera.

— ¡Pero es horrible!

— Lo comprendo. De todas maneras, voy a darle algo para que pueda descansar mentalmente y para que, al mismo tiempo, desaparezcan esas ideas barrocas, que la están haciendo tanto daño.

— ¿Inyecciones?

— ¡Oh, no! Unas simples pastillas, que se toman cómodamente… Voy a recetarle. Podrá pasar por la farmacia de a bordo.

Se volvió, sentándose en un taburete y dando la espalda a la muchacha. Ésta, sin saber exactamente por qué, volvió a sentir una indecible angustia, algo que se aferraba fuertemente a su pecho, como si un instrumento acerado le arrancase trozos de carne.

Se sintió, inesperadamente tan mal, que extendió la mano para llamar la atención del doctor y que éste le diese algo para hacer pasar aquella tortura.

Lanzó un grito de horror.

Porque, al extender la mano, para tocar la espalda del doctor, sus dedos penetraron en el interior del cuerpo del médico, como si éste se hubiese convertido en un ser incorpóreo, al que se pudiese atravesar en cualquier sentido con toda facilidad.

Todo giró a su alrededor y, finalmente, se desplomó sin sentido.

CAPITULO II

PARECÍA ir subiendo, subiendo, como flotando, por un pozo profundo, hacía la luz que estaba allá arriba, muy lejos.

Todo su cuerpo estaba impelido por el ansia de salir a la luz del día. Y se iba fijando en los lóbregos muros del pozo, cuyo olor a humedad le llegaba con una tremenda fuerza, viendo con alegría que la claridad que se reflejaba en ellos iba aumentando paulatinamente.

Una extraña música sonaba en sus oídos; pero, a medida que fue acercándose a la boca del pozo, sintió que aquella musicalidad se convertía en palabras y que éstas, al principio borrosas e ininteligibles, iban tomando cuerpo de naturaleza, hasta que sonaron claramente en sus oídos.

— ¡Irma! ¡Irma! ¡Amor mío!

Abrió los ojos.

La sala en la que se hallaba le era completamente desconocida; pero la persona que estaba a su lado, arrodillada, con una expresión de infinita ansiedad en el rostro, era, de eso no cabía la menor duda, su esposo.

— ¡Lorent!

Él la acaricio sus cabellos y ella vio que los ojos del muchacho se llenaban de lágrimas.

— ¡Amor mío!

— Creí que no ibas a volver en ti, Irma.

— ¿Qué me pasó?

— Te llevé al doctor… Tú me mirabas como a un extraño. Luego, repentinamente, oí que la enfermera gritaba y penetré en la consulta. Estabas desvanecida, en el suelo, y el médico intentaba colocarte sobre un diván… Le ayude… Entonces fue cuando me dijo que estabas bastante mal y que padecías un «mal espacial», que te producía una extraña sensación de desdoblamiento.

— Comprendo.

— Me contó que habías llegado a concebir que yo era otro… ¿Es eso verdad, Irma?

Ella asintió, tristemente:

— Si, cariño. Perdóname. Fue algo inevitable: una sensación mucho más fuerte que todo lo que intentaba oponerle.

— ¿Y ahora?

— ¡Ahora es distinto! No tengo más que mirarte para saber que eres tú… ¡Sin ningún género de dudas!

Le atrajo hacia sí, besándolo tiernamente.

— ¡Qué absurdas bromas nos hace la imaginación!

— Olvídalo todo, querida. Ya no volverás a experimentar jamás esas… cosas. El doctor me ha dado instrucciones, que seguiré al pie de la letra.

Ella se sentó, mirando a su alrededor.

— ¿Dónde estamos?

— En Marte. Pero ya no seguiremos nuestro viaje.

— ¿Volveremos?

— De momento, no. El médico te prohíbe mas viajes espaciales, hasta que te hayas recuperado por completo.

— ¿Será larga... mi convalecencia?

— Un poco; pero no te preocupes. He tenido muchísima suerte, y gracias al profesor Levon...

— ¿Levon? No le conozco.

— Yo tampoco había oído hablar de él en mi vida. Es un marciano simpatiquísimo.

— ¿De qué se ocupa?

— ¡Adivínalo!

— No se

— ¡De genética!

— ¿Es posible?

— Lo que oyes... Fue el doctor de la astronave, que te conoció al hablar conmigo, quien me aconsejó que rogase a Levon que te dejase trabajar, durante todo el tiempo que debas estar aquí, en su laboratorio... Hable con él y se mostró encantado...

— ¡Qué estupendo!

— Por otra parte, el doctor me dijo que te convenía esa clase de laborterapia... ¡Que trabaje!, me aconsejó, déjela que se ocupe y ya verá cómo se recupera totalmente.

— Han sido muy amables.

— Sí; pero, además, tu nombre les ha sonado como música celestial... Se volvieron locos al saber que se trataba de «la célebre profesora Irma Chevernon»... ¡Todo el mundo quería venir a verte! Francamente,

amor mío, me sentí muy poco a tu lado, como si jamás, por mucho que hiciese, pudiera poseerte por completo. .

— ¡Tonto!

Sonrieron.

— Esta misma tarde te llevaré a los laboratorios del profesor Levon... ¡Son magníficos!

— Es raro que jamás haya oído hablar de ese colega.

— Es muy joven y... muy modesto. El, por el contrario, ha oído hablar de ti.

Ella se abrazó con fuerza a su marido.

— ¡Qué bueno eres, Lorent! ¡Cuánto me has faltado! ¡Qué orgullosa estoy de ti!

Y, cosa rara, pensó en Eliot y sonrió imperceptiblemente, diciéndose que había elegido bien.

* * *

El profesor Levon era, efectivamente, un joven, casi un niño. Pero su amplia y despejada frente, sus ojos azules, con un brillo intensísimo, demostraban una potencia mental poco común.

— ¡Encantado de conocerla, profesora! — exclamó, besando respetuosamente la mano de Irma.

Después la precedió en su laboratorio.

Irma, que estaba acostumbrada a las instalaciones lujosas, se quedó viendo visiones. Aquello era superior a cuanto ella había. visto en su vida.

— ¡Es maravilloso!

Levon se sonrojó, visiblemente.

— Tuve la suerte de heredar una buena cantidad... que emplee

totalmente en la instalación de este laboratorio. Es todo lo que tengo.

Irma miraba los microscopios electrónicos, las centrifugadoras, los «contadores de genes». Todo era admirable.

— ¿Que estudia usted ahora, profesor?

El sonrió, embarazado.

— La imito, profesora. Estoy estudiando la genética de las moscas.

Ella se admiro.

— ¡Oh!

Había dedicado cerca de diez años el estudio de la estructuración genética de los dípteros y era, sin ningún género de dudas, una de las mayores autoridades, habiendo descubierto coses de un gran interés.

Estaba ganada por el entusiasmo científico.

Pregunto:

— ¿Ha llegado muy lejos en sus trabajos?

— No tanto como usted, profesora.

— ¡Llámame Irma, por favor!

— Está bien; muchas gracias. Mi nombre de pila es Oscar.

— Perfectamente, Oscar. Pero conteste a mi pregunta.

— Verá usted, Irma. He trabajado, sobre todo, a partir de sus estudios sobre el cromosoma «R» y sus genes.

Los ojos de ella brillaron.

— ¿Conoce la distribución cromosómica en el interior? ¿Ha estudiado los «R—1», «R—2» y «R—3»? [1].

— Bastante.

Ella le miró, sonriente.

— No sabe cuánto le agradezco todas sus amabilidades, Oscar. Quizá, por eso, le muestre algo verdaderamente asombroso... y peligrosísimo a la vez: el gene «XR»

— ¿De qué se trata?

— Quiero que lo vea en el campo de la experimentación: se quedará viendo visiones.

— ¡Oh, gracias!

— Sólo deseo que me prometa no seguir estos trabajos, una vez conozca el «XR». Las bombas termonucleares serian juguetes de niño al lado de ese componente cromosómico.

— ¿No publicó usted algo de eso?

— Sí. Una pequeña y escueta reseña en la que advertía la existencia, en ciertas condiciones de cruces, de ese gene. ¡Por fortuna, la naturaleza no la produce normalmente!

— ¿Usted lo consiguió?

—Ya verá como... Fue el más emocionante descubrimiento que hice jamás.

Se habían acercado a las cámaras pobladas por moscas, cuidadas bajo condiciones especiales.

Lorent les seguía, mansamente, sin atreverse a decir nada, ya que era un profano en aquella materia. Finalmente, Viendo que se iban a enfrascar definitivamente en sus problemas, se acercó:

— Perdona, querida. Creo que estoy aquí de más. ¿No podría ir al hotel y leer un poco?

— ¡Oh, Lorent, te había olvidado, querido! Eres tú quien me tiene que perdonar.

— Volveré a buscarte, a la hora que me digas.

Intervino el profesor:

— Yo mismo la acompañaré; será un placer, mister Dehly.

— Eso es. Oscar me acompañará.

— Muy bien.

Se besaron y Lorent abandonó el laboratorio.

Ellos fueron nuevamente hacia la cámara de moscas.

— ¡Fíjese en ellas! —exclamó la joven, arrastrada por su entusiasmo —. Son una verdadera plaga, pero la naturaleza las elimina sin piedad y los seres humanos cooperan con ella intensamente. Una sola hembra puede poner varios cientos de miles de huevos en una jornada. ¿Se imagina lo que ocurriría si no muriesen en una cantidad casi igual?

— Seria horrible.

Ella sonrió.

— Durante muchos años, a medida que nuestros avances técnicos iban desarrollándose, creímos ser mucho más fuertes que esos insectos. De tal manera que logramos expulsarlos definitivamente de nuestras ciudades: antisépticos, insecticidas, lámparas especiales... La batalla parece ganada.

»Pero las moscas no han hecho más que un repliegue estratégico. Yo he demostrado que siguen existiendo en la misma cantidad que antes. Parece como si cada verano, la naturaleza precisase el número exacto de moscas que han de sobrevivir.

— Son unos animales muy interesantes.

— Muchísimo. Pero, al mismo tiempo, cuando usted observa la cabeza de estos insectos, con gran aumento, cuando mira sus miles de ojos, cuando piensa en su velocidad formidable y en su portentosa capacidad reproductora...

— ¿A dónde va usted a parar, Irma?

— A decir que podemos respirar... afortunadamente. Porque, si las moscas no muriesen tan portentosamente, si pudiesen defenderse de todo lo que destroza sus billones de huevos, que aplasta, devora, pulveriza, quema y consume millones y millones de adultos, si conservasen el ciento por ciento de sus larvas y éstas se convirtiesen en adultos, ¿sabe lo que pasaría?

— Me da miedo imaginario.

— Que se harían las dueñas de todo. La Tierra estaría a su merced y la especie humana desaparecería...

— ¡Es increíble!

— Me di cuenta —prosiguió la muchacha— al estudiar esos genes de que le hablé antes. La serie de los «R», correspondientes al «uno», «dos» y «tres», me demostraron que la resistencia aumentaba en un veinte por ciento. Lo suficiente para que, en un par de siglos, las moscas fueran, a pesar de sus pérdidas, las dueñas absolutas del globo terráqueo.

Hubo un corto silencio.

— Pero lo verdaderamente fantástico... y horrible a la vez, se produjo cuando descubrí el «XR».

— ¿Era un gene especial?

— Sí. Lo halle, casualmente, estudiando una serie de generaciones de dípteros... No estaba en mi mapa de genes y decidí, ignorante aun de que se trataba, «explorarle», pasándose de «recesivo» a «dominante»... [2](1).

— ¿Lo logró?

— Si. Fue bastante difícil. Porque me di cuenta de que aquel gene pertenecía al acervo hereditario de épocas pasadas, cuando las moscas, expuestas a verdaderos cataclismos, debieron defenderse, para sobrevivir, contra fenómenos poderosos.

«Entonces, el gene «XR» les permitió atravesar aquellas edades que no les eran propicias, haciéndolas llegar hasta nuestra época. Pero mucho antes del Cuaternario, el «XR» pasó a ser «recesivo», ya que no era necesaria aquella «coraza protectora de la especie», habiendo desaparecido las causas que ponían en peligro su supervivencia.

— Entiendo. ¿Y ese «XR» en la época actual?

— Lo haría Invencibles. Ya le he dicho antes que, por fortuna, se trata de un carácter recesivo, que sólo artificialmente podría pasar a dominante.

— Y... ¿usted lo logró?

— Perfectamente. Hice que un pequeño grupo de moscas, con posesión completa del «XR», se reprodujesen. Todos los individuos fueron correctamente viables...

— ¿Entonces?

— Los sometí a la acción sucesiva de todos los medios destructivos que conocía.

— ¿Y...?

— ¡Vencieron! Ninguna sustancia nociva, química o física, pudo con ellas. Al cabo de seis horas, las once primitivas se habían convertido en doscientos millones.

— ¿Qué hizo usted entonces?

— Trabajaba, como usted, en cámara de seguridad... Las queme.

— ¡Qué interesante! ¿Y cómo logró reforzar el «XR»?

— Ahora mismo lo va a ver.

Se acercó a una de las cámaras, buscó después el aparato de rayos infrarrojos.

— Voy a elevar la temperatura. ¿Ve usted ese grupo de una veintena?

— Sí.

— Operaré sobre ellas. Aumentando las condiciones favorables, no tardarán en reproducirse. En ese momento, con un espejo de cromo... ¿tiene usted alguno?

— Sí.

— Pues bien, empecemos.

Elevó la temperatura, sirviéndose de los Infrarrojos; después, cuando las larvas salían, las sometió a la luz ultravioleta reflejada en el espejo de cromo.

— Había, seguramente —explicó—, mucho cromo en la atmósfera primitiva de la Tierra y fue esta sustancia la que favoreció la aparición del gene «XR»... ¡Mire!

— ¡Es formidable! ¡Se han reproducido de nuevo!

— Eso es. Hemos conseguido dos generaciones en pocos minutos... El «XR» está operando.

A partir de aquel instante, el número de moscas aumentó de tal manera, que la parte inferior de la cámara de seguridad se estaba

ennegreciendo.

— Creo que es bastante... ¡Vamos a matarlas! Me da escalofrío pensar que...

Y se volvió hacia el profesor.

Entonces se llevó las manos a la boca, aunque no pudo ahogar el grito de horror que salió de entre sus labios.

Porque Oscar no tenía ya cabeza... ¡ni brazos!... ¡ni piernas!... Sólo el tórax y el vientre parecían, ante los ojos de la muchacha, una mancha gelatinosa... que iba cayendo lentamente al suelo.

Pero las fuerzas le faltaron y sus piernas parecieron negarse a tal esfuerzo.

Desplomóse, sin conciencia de lo que le ocurría, como si se hundiese en un abismo sin fondo...

SEGUNDA PARTE

LAS M OSCAS

CAPÍTULO III

SEÑOR, hay un pedido para la Chemistis Cobler...

Eliot asintió.

Había encendido un cigarrillo y miraba, distraídamente, a través de los amplios ventanales, los verdes parques de aquella parte de la ciudad, que rodeaba las extensas instalaciones industriales que le pertenecían.

— ¿A qué día estamos, Harold?

El secretario enarcó las cejas:

— Cinco de marzo, señor.

Y siguiendo hablando consigo mismo, profundamente ensimismado:

— Hace dos meses que salieron... Tendré que preguntar.

— No le entiendo, señor.

Eliot sonrió.

— Voy a salir, Harold. Ocúpese de esos pedidos yvigile que se sirvan bien.

— Perfectamente, señor.

Winder abandonó su lujoso despacho. Las puertas se iban abriendo mansamente ante él, impulsadas por la electrónica de sus invisibles ojos foto—eléctricos.

Un ascensor le dejó en la planta baja.

Saliendo al jardín, se dirigió hacia su fantástico coche que, momentos más tarde, corría por la autopista, de tres pisos, que le llevaba al centro de la ciudad.

Paro ante el hotel donde habitaban, antes de salir de viaje, sus amigos: la feliz pareja Irma—Lorent.

Sonrió.

Por mucho que lo había intentado, enfrascándose en su trabajo, no había logrado olvidar a Irma. Y la imagen de la muchacha le había perseguido, a través de los pasillos, de los laboratorios, de las salas industriales, reflejándose en los cuadros de las paredes, superponiéndose a las imágenes de la televisión y emborronando los caracteres de los informes que se amontonaban sobre su mesa.

Tuvo que luchar ásperamente contra la idea de que se había dejado arrancar algo que le iba a faltar, contra todo lo que había pensado, el resto de su vida.

Y salió, de noche, deseando comprobar que las otras mujeres seguían atrayéndole y que la primacía que había concedido a Irma no era más que una natural deformación, amplificada tremendamente por un deseo coartado por la fuerza de las circunstancias.

El vestíbulo del hotel seguía igual y recordó aquella tarde en que vino a despedirse, hacia ya dos meses.

— ¿Habría cambiado Irma?

Era difícil para Winder imaginársela después de dos meses de casada. Indudablemente, la mujer toma «un—no—sé—qué»; algo Impreciso, pero que se nota sin mucha dificultad.

Se acercó al conserje:

—¿Han llegado los señores Dehly, por favor?

El otro enarcó las cejas:

— ¿Llegado? ¿Qué quiere usted decir, señor?

— Mis amigos, el matrimonio Dehly, salió de viaje de novios, para Marte, hace dos meses.

Sonrío el conserje.

— Ha estado usted fuera, ¿verdad?

— ¿A qué viene esa pregunta?

— Porque los Dehly no abandonaron jamás el hotel.

— ¿Eh?

— Sí, señor. Mister Dehly canceló el viaje a Marte. Dijo que su esposa no se encontraba muy bien...

— ¿Irma enferma?

— Se refiere a la señora Dehly, ¿verdad?

— ¡Claro!

— No ha bajado desde entonces. Él sí, el señor baja con cierta frecuencia...

— ¡Pero si es imposible!

— ¿Perdón, señor?

— ¡Que es completamente imposible! —estaba frenético—. ¿No se da usted cuenta de que Irma me hubiese llamado en seguida?

— Yo, la verdad...

La luz se hizo en el cerebro de Eliot y, en voz alta, pero hablando consigo mismo:

— Ha debido ser ese estúpido de Lorent. ¡Sin duda alguna! ¡El muy imbécil! ¿Cómo puede llegar un hombre hasta tal punto de idiotez? ¡Voy a romperle los morros en cuanto lo vea! ¡Tener a Irma enferma, durante dos meses, y no decirme nada!

El empleado del hotel le miraba, visiblemente sorprendido.

Winder bajó de las coléricas nubes que habitaba, en aquellos momentos. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que había estado naciendo el ridículo.

— Perdone... ¿Ocupan las mismas habitaciones todavía?

— Sí, señor... 222 y 223... La primera es la de la señora.

Y seguido por la mirada sorprendida del empleado que, cuando Eliot llegó al ascensor, se encogió olmpicamente de hombros, Wlnder se vio trasladado a la segunda planta, corriendo casi, sobre la elegante y silenciosa alfombra del pasillo, hasta detenerse ante la habitación de Irma.

Estuvo a punto de llamar allí primero; pero la actitud de la pareja le había hundido en una perplejidad completa.

«Si Lorent no ha llamado, es que Irma no lo deseaba...»

Sintió una profunda amargura y hasta estuvo entado de abandonar, regresando a la fabrica; pero no podía borrar, en un instante de mal humor, todo lo que seguía sintiendo por ella.

Pasó a la puerta de él, llamando al timbre.

Nadie contestó.

Eliot insistió, al principio con calma, perdiéndola cuando se dio cuenta de que debían haber contestado. Se dirigió entonces a la puerta de la muchacha, llamando con mayor insistencia; luego, al no oír nada, golpeó la madera con los nudillos, cada vez más fuerte, hasta terminar aporreando la puerta.

— ¡Irma!

No tardó en aparecer un empleado a su espalda que, visiblemente contrariado por aquellos modales, le interpeló un poco duramente.

— No debe hacer este escándalo. Hay gente que duerme en este mismo pasillo...

Eliot, que ya no podía mas, estalló brutalmente.

— ¿Y a mí qué me importa que duerma la gente?

— ¿No se da cuenta de que no contestan?

— No estarán...

Winder le miró hoscamente.

— ¿Pertenece usted a este piso?

— Sí, señor. Soy el camarero de día...

— ¿Y no sabe usted, especie de zoquete, que la señora del 222 lleva dos meses enferma y no ha abandonado, desde entonces, su habitación? ¿O es que este hotel es, sencillamente, la sucursal del manicomio?

El otro se percató de que trataba con alguien importante y su tono cambió rápidamente:

— Perdón, señor; no lo recordaba...

— Y bien... ¿qué piensa usted hacer ahora?

— Yo...

— Usted no sabe lo que va a hacer, ¿verdad? Pues yo si... ¡Fíjese!

Y se lanzó contra la puerta de la habitación de Irma, haciendo que la madera temblase, con un estrépito formidable.

Algunos viajeros se asomaron a sus puertas, en el pasillo.

— ¡Eh, señor!

— ¿Qué demonios pasa?

— Yo tengo un doble de cada puerta, señor...

— ¿Y no se ha preocupado usted de lo que podía pasar a estos señores?

— El señor me dijo que jamás se me ocurriese abrir la habitación de su esposa, que estaba muy delicada. Una vez me equivoqué, dándome cuenta a tiempo, pero me percaté de que habían echado el cerrojo al otro lado. Por eso la puerta ha resistido el golpe que le ha propinado usted, señor.

— ¡No perdamos tiempo! Abra la puerta del señor, o la echo abajo... ¿Comunican las dos habitaciones?

— Sí.

El hombre abrió la puerta y Eliot, echándolo a un lado penetró como una tromba en la habitación.

Todo estaba en orden.

Pero aquello no le importaba y buscando la puerta de comunicación, se precipitó en la habitación de Irma.

Una exclamación de estupor salió de sus labios.

La muchacha estaba sentada, cara a los ventanales, cuyas cortinas estaban echadas.

Parecía dormida, pero con los ojos abiertos.

— ¡Irma!

Ella no se movió, permaneciendo en aquella inmovilidad que hacía pensar en lo peor.

— ¡¡Irma!!

La tocó, notando que estaba rígida.

Un grito de rabia brotó de sus labios.

Entonces, presa de un furor indecible, desgarro su vestido y buscó, afanosamente, los latidos de aquel corazón querido. La terrible expresión de su rostro perdió la contracción dolorosa que lo enmascaraba, al notar que el corazón de Irma seguía latiendo, débilmente.

— ¡Un médico! ¿Qué hace usted ahí, idiota?

El empleado salió corriendo.

Cogiendo en brazos a la muchacha, Eliot, con sumo cuidado, la llevó al lecho, que estaba hecho, posándola sobre él y notando, en aquel momento, que le era completamente imposible hacerle abandonar la postura que tenía sentada.

La miró, horrorizado.

¿Dónde estaba aquella hermosa Irma, aquella deliciosa criatura, aquella mujer inteligente y distinguida, que él había conocido?

Parecía que Irma hubiese envejecido veinte años. Su piel había perdido la tersura que Eliot la conocía y el pliegue doloroso de sus labios destrozaba la armonía de aquel rostro amado...

Se volvió buscando al hombre que le había ocultado aquello, con los puños cerrados, dispuesto a demostrarle, de una manera contundente,

que había obrado como un puerco.

— ¡Lorent!

Pasó a la habitación de él recorriendo la salita, el dormitorio, igualmente con el lecho hecho. Después, no encontrándole en parte alguna y cuando iba a regresar junto a Irma, se asomó, por casualidad, al cuarto de baño.

Estaba allí.

Eliot tuvo que agarrarse al pomo de la puerta.

Lorent estaba en el interior de la bañera. Su rostro expresaba un dolor indecible. A partir del cuero cabelludo, todo el resto del cráneo no era más que una masa sanguinolenta, como si alguien lo hubiese escalpado salvajemente.

Unos hilos, al parecer eléctricos, salían de su masa encefálica.

Winder retrocedió, aterrado.

Mil ideas cruzaron su mente en el espacio de un segundo. Porque al salir del cuarto de baño, oyó pasos que se acercaban a la puerta y se dirigió hacia allá, tambaleándose como un hombre ebrio.

El doctor, en compañía del gerente, llegaban justamente a la entrada.

— ¿Qué ocurre?—inquirió el facultativo.

— Venga por aquí, doctor... aunque creo que este desdichado no necesite ya de sus cuidados —miró al otro—. Usted tendrá que llamar a la policía.

Llegaron al cuarto de baño y el gerente retrocedió.

— ¡Qué horror!

Mientras, el médico se arrodillaba y después de examinar el cráneo del desdichado, tocó los hilos que salían de su cerebro.

— Es curioso... — musitó.

— ¿Qué son, doctor? —inquirió Eliot.

El médico se había incorporado.

— Parecen los hilos que utilizamos en el encefalógrafo... Es un crimen —agregó—, sencillamente bestial.

Y salió de allí, precedido por Eliot Winder, que le guiaba. Mientras, el gerente se precipitaba, aún temblando, al teléfono, llamando a la policía.

El médico se acercó al lecho donde yacía Irma y la examinó detenidamente. Después de auscultarla, sacó el martillo de reflejos, la exploró cuidadosamente y estudió el estado funcional de las pupilas de la muchacha.

— ¿De qué se trata, doctor? —inquirió Eliot, ansiosamente, cuando vio que el médico guardaba sus instrumentos en el maletín.

— Catalepsia.

— ¿Eh?

— Sí, amigo mío. Esta joven ha sido sometida, desde hace mucho tiempo, a un estado cataléptico... Vea el tono cerúleo de su piel... y la delgadez de su cuerpo. Han debido alimentarla muy poco...

— ¿Es grave?

— Bastante. Tenemos que internarla rápidamente y someterla a un estado de hibernación, alimentándola por sonda... quince días, un mes Quizá... ¿quién lo sabe? Será suficiente para que vuelva a su estado normal... si el corazón resiste.

Eliot se mordió los labios.

— ¿Podría hacerse todo eso en mi casa, doctor?

— Eso depende de la casa que tenga usted.

— Me llamo Eliot Winder...

— ¿El químico?

— Si.

— Perfectamente. Usted posee los medios para hacer montar una cámara de hibernación en su casa. Voy a aconsejarle que encargue de este caso al profesor Templer; es el único que puede garantizar la curación completa. Convendría también consultar, cuando vuelva en sí, con un psicoanalista.

— ¿Cree que se ha vuelto...?

— No. Pero es probable que su emotividad se haya trastornado. No hay más que mirar el rostro de esta mujer para adivinar que ha debido sufrir muchísimo.

— Pero ¿cómo ha podido ocurrir esto?

— Eso es asunto de la policía. Indudablemente, el hombre del cuarto de baño; su esposo... ¿no es verdad?

— Sí, doctor.

— Ese hombre, decía, ha sido sometido a una tortura cuya significación no acierto a descubrir. Eso significa que lo hecho a su esposa, intoxicándola, probablemente, forma parte del mismo plan.

— ¡Ofreceré cuanto tengo para descubrir a los criminales!

— ¿De qué se ocupaba el señor?

— Era profesor de Filología clásica.

— ¿Y ella?

— Estudiaba Genética. Es la profesora Chevernon.

— ¡La profesora Chevernon! ¡Una mujer maravillosa!

— ¿Cree que la Genética haya sido la culpable de esto, doctor?

— No. Es imposible ¿A quién pueden interesarle esas cosas? ¿Eran muy ricos?

— No.

— Es un— problema; de eso no hay duda. Y creo que la policía va a tardar en ponerlo en claro...

CAPÍTULO IV

SONRIÓ el inspector Thompson, al tiempo que dejaba caer su voluminosa personalidad en el sillón, frente al que ocupaba Winder, que le tendió la caja de habanos.

— Tome uno…

— Gracias.

Encendieron, dejando que el humo se enroscase, subiendo hacía el techo, para ser aspirado por el sistema de aíre acondicionado.

Eliot preguntó:

— ¿Han descubierto algo, inspector?

— Vera usted. No es que hayamos llegado al final; pero, de todos modos, tampoco nos hemos dormido. ¿Recuerda los cables que salían del cerebro de aquel desdichado?

— Si —repuso Eliot, con una mueca.

— Descubrimos que pertenecían a un aparato, que justamente fue robado del Instituto Psicotécnico de la ciudad. Hemos interrogado al personal del Instituto y conversado con su director, el profesor Lorinni.

— ¿Qué dijo?

— Que no puede explicar la manera en que los ladrones penetraron en el Instituto. Precisamente, el aparato robado es uno de los últimos modelos de encefalógrafos.

— ¿Y ha de aplicarse directamente sobre el cerebro del paciente?

— También pregunté eso al profesor. No, fue su respuesta. Y se extraño muchísimo de que alguien se hubiese atrevido a hacer «tamaña enormidad». Así calificó el hecho.

— ¿Y qué deducen ustedes de todo esto?

El inspector se encogió de hombros.

— Francamente, señor Winder... absolutamente nada. Estamos como al principio.

Fue en aquel momento cuando el visofono zumbó con insistencia.

Eliot oprimió el botón:

— Perdone un segundo—dijo, dirigiéndose al policía.

— Haga, haga...

La imagen de Harold, su secretario particular, apareció en la pantalla.

— ¿Qué hay, Harold?

— Señor, los de la Chemistis Cobles están aquí.

— ¿Qué quieren?

— Viene su director y un par de técnicos... Parecen alterados, furiosos.

— Páselos.

El policía se levantó.

— Yo me voy.

— Puede quedarse, señor Templer... Son asuntos que se resolverán en medio minuto.

— No, me voy. Ya volveré otro rato. ¿Cómo sigue la señora?

— Igual. En la cámara de hibernación.

— ¡Ojalá. recobre pronto el sentido! Seguro que entonces sabremos muchas cosas interesantes.

— Lo deseo tanto como usted.

— Adiós, señor Winder.

Se estrecharon la mano.

— Adiós, inspector.

Acababa apenas de salir el policía cuando entraron cuatro hombres: los de la Chemistis precedidos por Harold.

— Siéntense, señores. —Y Elliot esbozó una sonrisa que no consiguió quitar el fruncimiento de los rostros de los otros.

Se sentaron.

Y fue el propio director, con un tono de voz nada agradable, quien interpeló al químico.

— Siempre tuvimos confianza en usted, Eliot.

— He creído merecerla.

— Hasta ahora.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Su último envío ha sido un verdadero fracaso.

— ¿En qué sentido?

— ¿En cuál quería usted que fuese, hombre de Dios? Recibimos un lote de «abioinsectina»; un lote de quince toneladas… casi cuatrocientos mil dólares.

— ¿Y bien…?

— Enviamos dos mil kilos a la ciudad satélite del Norte. Ya sabe usted que las condiciones de limpieza en aquella zona siguen siendo insuficientes.

— Lo sé.

— Su producto fracasó rotundamente.

Eliot dio un salto.

— ¿Eh? ¿Qué dice usted allí? ¿Han perdido todos ustedes la chaveta? —Y sin dejar que le contestasen—: ¡Me hacen reír! Hace tres años que se descubrió en mis laboratorios la «abioinsectina». Se han vendido millones de kilos, y nadie se quejó jamás, ya que su acción es verdaderamente fulminante…—sonrió—. ¡Y es el producto que me hará verdaderamente rico!

Su interlocutor torció el gesto.

— Lamento que ponga sus ilusiones comerciales en ese producto, Eliot. Porque se quedara usted sin un centavo.

— Pero...

— Creo que estamos perdiendo el tiempo. Por el momento le rogamos que admita la devolución de nuestro pedido.

Winder cerró los puños.

— ¡No antes de una comprobación en regla!

— Evidentemente.

Había algo en la sonrisa del director de la Chemistis que desagradó a Eliot; pero volviéndose hacia su secretario:

— ¡Harold!

— Señor.

— Vamos a la cámara de comprobaciones. Sección «moscas». Reservó una muestra del pedido, ¿verdad?

— Si.

— Llévela allí.

— Bien.

Y cuando el secretario se hubo ido se dirigió a los otros tres:

— ¿Me acompañan, señores?

— Con mucho gusto.

Un «tapis roulant» les llevó hasta la sala de comprobaciones donde, en cámaras de cristal, a temperatura conveniente, lotes de insectos de todas clases se conservaban, destinados a la experimentación de los productos entomicidas fabricados por Winder.

Harold llegó poco después.

Entretanto, un empleado que había recibido instrucciones de Eliot había preparado una cámara especial, en la que hizo penetrar unas docenas de moscas.

Harold echó unas gotas de liquido en el insuflador automático.

— Ahora veremos que ocurre —musitó entre dientes Eliot.

E hizo una seña a su secretario.

Harold oprimió el botón rojo que tenía al lado y el líquido, impelido por una fortísima corriente de aire, que lo pulverizaba, penetró en la cámara de cristal. Casi inmediatamente, las moscas, que, por un movimiento reflejo, habían huido hacia el techo, se desplomaron sin vida, como fulminadas por un invisible poder.

Eliot sonrió y, volviéndose hacia los otros, preguntó:

— ¿Se dan cuenta? ¿Cómo han imaginado que mi fabrica expenda productos que no posean una garantía a toda prueba?

El director de la Chemistis sonrió; pero su sonrisa no era como la de Winder, ya que estaba subrayada por una mueca burlona.

— Déme el frasco, Harry.

Uno de los hombres sacó del bolsillo un diminuto recipiente de cristal que el director tendió a Harold.

— ¿Quiere meter esas moscas ahí dentro?

Harold miró a su superior.

— ¿Qué significa esto?

— Las recogimos en la ciudad satélite. No creo que tenga usted ningún inconveniente, ¿verdad, Winder?

— ¡Ninguno! Mis productos no distinguen moscas de ninguna clase, ya que se emplean en todo el mundo.

— Perfectamente. ¿Entonces... ?

— ¡Purifique la cámara y meta esas moscas, Harold!

— No hace falta que purifique nada. No les ocurrirá nada...

— ¿Eh?

— Haga lo que le he rogado, Harold.

El secretario obedeció.

Y entonces, ante el gesto de incredulidad de Eliot, los insectos se pusieron a volar tranquilamente, sin parecer sufrir por el insecticida

que había allí dentro.

El director de la Chemistis pareció leer sus pensamientos.

— Cree que la atmósfera se ha purificado, ¿verdad? Centuplique la dosis, Harold, se lo ruego…

Harold obedeció.

Y no pasó nada.

Los dípteros siguieron volando, despreciando la dosis, cien veces letal, que les rodeaba.

— ¡Es imposible!

La sonrisa en los labios del director se acentuó.

— ¿Se convence usted ahora, Winder?

— No lo entiendo. ¿Dónde dice que cogieron esas moscas?

— En la ciudad satélite. Fuimos allá, extrañados por las quejas de los primeros clientes a los que libramos el producto.

— No lo entiendo.

Tenía la frente empapada en sudor.

Porque todo aquello significaba un golpe feroz, una amenaza directa contra los productos «Winder»; algo que podía hundirle definitivamente.

— Lo curioso —dijo el director— es que el producto que probamos en nuestro almacén, se comportó magníficamente, como en la primera experiencia que hemos hecho aquí.

— Esas moscas…

— ¿No cree usted, señor —inquirió Harold—, que podríamos hacerlas examinar por un entomólogo?

— No es mala idea… ¡Lástima que Irma siga enferma!

El director se volvió más amable.

— Es verdad que la profesora Chevernon está aquí y no he preguntado

por ella. ¿Cómo sigue?

— Igual.

— ¿Curará?

— El profesor Templer está completamente seguro.

—No sabe cuánto me congratulara que sea pronto.

— Gracias.

Hubo un silencio.

— Pueden enviarme el producto vendido y que la caja les reembolse lo que han abonado.

— Vera usted, Eliot; yo no quería causarle ningún...

— Es normal su actitud, amigo mío. Disponga todo lo necesario, Harold.

— Sí, señor.

* * *

Las primeras noticias alarmantes empezaron a difundirse al día siguiente.

Ante la televisión, después de haber pasado cerca de una hora junto a Irma, siempre inconsciente, Eliot se vio sorprendido bruscamente al ver que el programa de música clásica que estaba en las ondas cesaba inesperadamente, apareciendo el rostro del locutor habitual.

— Señoras y señores: interrumpimos nuestro programa, consagrado hoy a la producción musical de Brahms, obligados por una demanda del Gobierno General, a la que damos seguidamente lectura...

Winder vio las cuartillas que el locutor tenía en la mano y no dejó de mirar a la pantalla.

— La comunicación dice lo siguiente: «Habiéndose producido en varias ciudades satélites hechos semejantes y parecidos, este Gobierno

General ha enviado equipos especiales de técnicos que, sin duda alguna, pondrán fin a las anormalidades observadas.

»Se trata, según los informes recibidos hasta la fecha, de una verdadera invasión de moscas que, en cantidad nunca conocida, han hecho imposible la vida normal en diversas zonas.

»Perfectamente convencidos de que se trata de una anomalía en los servicios de higiene, el Gobierno general está completamente seguro de que la aparición de esas nubes de molestos insectos, provocada por alguna acumulación anormal de detritus, cesara dentro de pocas horas. Nuestros equipos especiales, dotados con las mejores armas entomológicas, deben estar trabajando en estos momentos en la destrucción de esa repugnante plaga.

»Nada mas, señoras y señores...

Desapareció el rostro del locutor y volvió a surgir en la pantalla la escena del tablado musical con cincuenta profesores... Las notas volvieron a invadir la estancia.

Eliot se levanto y cerró el aparato.

No era aquella deliciosa música la que él oía, sino el batir de millones de alas membranosas, el zumbar de millones de insectos, el mosconeo interminable de nubes, densas de vida, que se movían de un lado para otro. Se acercó al visófono:

— Que preparen mi coche.

Momentos más tarde corría velozmente por una de las autopistas superiores hacía la ciudad satélite número uno.

Irma.

Ella hubiese podido aclararle aquel problema.

Sonrió al recordar que la había conocido por un motivo semejante... Estaba estudiando un nuevo insecticida que no acababa de «cuajar». Alguien le habló de la profesora Chevernon y fue a verla.

Ella le recibió amablemente, se hizo cargo del problema y le pidió permiso para poder realizar unas experiencias en los propios laboratorios de Eliot.

Éste accedió encantado.

Así había nacido una amistad que fue convirtiéndose en algo íntimo, profundo, y que parecía iba a colmar las «esperanzas de ambos.

Apareció entonces Dehly.

Mientras recordaba todo aquello, Winder se acercaba velozmente a la ciudad satélite; pero antes de llegar una patrulla de la policía le detuvo.

— No se puede pasar, señor.

— ¿Por qué?

— Órdenes superiores...

— ¿Ocurre algo grave?

— No lo sabemos, señor. Sólo estamos aquí desde hace media hora y no conocemos más que las instrucciones que hemos recibido.

Winder se mordió los labios, disponiéndose a volverse a la ciudad; pero en aquel momento un vehículo policial se detuvo junto al suyo y el inspector Thompson se acercó al joven.

— ¡Ni llovido del cielo, mister Winder!

— ¿Por qué?

— Iba justamente en su busca.

— ¿Me necesita?

— ¡Y cómo! ¡Ya puede prepararse a entregarme todo el insecticida que posea en los almacenes... ¡Orden del Gobierno General!

— Pero...

— ¿No sabe lo que ocurre?—señaló hacia la ciudad satélite— ¡Es un verdadero infierno! Nada mas acercarse, ya puede ver una especie de nube negra que lo envuelve todo... ¡Son moscas! Moscas por miles de billones que lo ocupan todo, que comen de todo, que cubren todas las superficies existentes y que, faltas de espacio para posarse, forman una nube que ciega, asfixia, ya que penetran por la boca, por las narices, por los ojos... No lo sabemos exactamente, pero debe de haber más de dos mil muertos por asfixia... Ya se ha dado orden de evacuación y los que pueden huyen hacia el campo...

Su rostro expresaba la emoción que sentía.

— Hemos salido corriendo, mister Winder. Y si damos todo el gas al coche nos hubiésemos estrellado, ya que estábamos rodeados de esos asquerosos insectos, que hacían parecer que nos envolvía la noche. ¡Necesitamos todos sus productos, mister Winder!

Eliot sonrió tristemente.

— Suyos son, inspector.

— Gracias.

— Pero no le servirán de nada.

— ¿Eh?

— Ayer recibí una protesta de una empresa de importancia. ¡Mis insecticidas no mataban las moscas! Trajeron algunos ejemplares capturados en esa ciudad satélite. ¡Y mi mas fuerte entomicida no les hizo absolutamente nada! ¿Comprende? Por eso iba yo a echar una ojeada a la ciudad satélite.

— ¿Es… posible?

— Como lo oye, inspector. Usted puede llevarse hasta el último adarme de mis depósitos. Pero será inútil.

La frente del policía goteaba sudor.

— ¿No se da cuenta, mister Winder?

— Perfectamente.

— ¡Yo lo he visto! ¡Y me he dado cuenta de lo espantosa que es esa plaga! Y si no podemos luchar contra ella…

— Desdichadamente, estamos así.

— ¡Nos comerán a todos! ¡A todos! ¡No hay defensa contra esas malditas moscas!

Eliot se percató de que aquel hombre decía la verdad. No había estado, como Thompson, en la ciudad satélite, pero no era muy difícil imaginarse el horrible aspecto que ofrecería.

En aquel momento se dio cuenta de que tenía unos minutos preciosos.

— ¡Venga conmigo, Thompson!

— ¿Dónde?

— Vamos a tomar medidas preventivas, y usted, cuando lo vea, podrá comunicar al Gobierno la única manera, por el momento, de defenderse contra esa horrible plaga.

— Vamos.

Una vez en su fábrica, Winder se precipitó al despacho, empezando a dar instrucciones febrilmente.

— Compren víveres para seis meses. Cuenten con la población de obreros y sus familias, que deben ser alojadas en el interior. Tenemos una sintetizadora de agua. También poseemos energía para dos años, que nos proporcionará nuestra pila atómica. Cierren todo y utilicen solamente el sistema de aireación interno. ¡Que no exista ni la menor comunicación con el exterior! ¡Harold! Sí, llame al profesor Templer y hágalo venir, dándole una habitación del piso octavo. Nadie debe salir ya en cuanto sus familiares lleguen. ¡Cada momento es una úNica oportunidad que se nos presenta!

Se volvió a Thompson.

— Que hagan lo mismo en toda la ciudad. Podremos comunicarnos por vIsófono o teléfono... ¡Hasta la vista, amigo mío!

— Creo que ha dado usted en el clavo, señor. Aislados de esa manera estaremos a salvo hasta que se terminen nuestras provisiones.

— Algo es algo.

Se estrecharon la mano y el detective salió de la casa.

Eliot siguió dando instrucciones y comprobando su inmediato cumplimiento. Estaba seguro de que lo peor no había llegado aún.

CAPÍTULO V

ASOMADOS a las ventanas, los técnicos, los obreros y hasta el propio Eliot, detrás de los gruesos cristales inastillables, miraban hacia el norte.

Desde muy de mañana uno de los técnicos había visto un progresivo ennegrecimiento del horizonte; algo así como una nube baja que avanzase lentamente hacia el centro de la ciudad.

La negrura de aquella falsa nube era, impresionante.

¡Las moscas!

Aquella palabra tenía una significación horrible. Hasta entonces había sido un vocablo hasta agradable, ya que todos ellos vivían de las sustancias fabricadas para destruir, entre otros, a aquellos repugnantes insectos.

Ahora...

Se percataban, todavía no muy claramente, del peligro que se les echaba encima. Tenían una idea vaga, difusa, de lo que podía significar; pero, sin embargo, poco a poco, aquella idea se iba concretando, tomando forma, rodeándose de contornos que la hacían espeluznante.

La nube se iba acercando.

Escuchando los consejos de Winder, la ciudad se había encerrado, junto a la mayor cantidad de víveres posibles, dentro del ambiente acondicionado de las casas modernas. Y seguramente como ellos estaban ahora con los rostros pegados a las ventanas, observando la amenaza negra que se acercaba inexorablemente.

La televisión, encendida en todas las salas, no dejaba de emitir comunicados, cada vez mas funestos.

«Últimas noticias. Europa ha sido, como el resto del mundo, invadida por la plaga de dípteros que lo asola todo. Millones de seres han perecido, devorados por los insectos, en las ciudades satélites e incluso en las grandes capitales. Berlín ha sido una de las mas ferozmente atacadas, ya que las moscas cogieron a la población desprevenida y

confiada en el uso de los productos entomicidas...»

La nube se acercaba, haciéndose cada vez mas grande.

Era como una cortina negra que cayese sobre la ciudad. Poco a poco, la luminosidad que venía por el norte se hizo más y más pequeña, al tiempo que la barrera oscura parecía descender del suelo.

Hasta que llegaron.

Fue tan espantoso que los hombres, cómodamente instalados detrás de los gruesos cristales de los ventanales, retrocedieron como si temiesen que aquella capa transparente no fuera más que una ilusión aérea.

Un choque minúsculo de los insectos que llegaban en vanguardia, seguido de otro, otro, otro, otro... Miles de millones, miles de trillones... Se estrellaban contra el cristal, engañadas por su equivoca transparencia.

Era, al principio, como una espiral alquitranosa que girase sobre sí misma; después, la densidad creciente fue suprimiendo los claros observables hasta que la negrura fue completa.

La noche había llegado.

* * *

— Le llaman, comandante Miller.

Bat se levantó, tirando su cigarrillo al pulverizador electrónico; después, anudándose la corbata, siguió al soldado, que le precedió, a través de los pasillos de la Comandancia Militar de la ciudad.

Momentos después estaba en el despacho del coronel Spencer.

— Señor.

— Siéntese, Miller.

Bat obedeció.

El coronel eché una ojeada a algunos paneles que tenía, sobre la mesa; luego, levantando la cabeza, dijo:

— Ha llegado el momento de actuar, Bat.

— ¿Si?

A Spencer le gustó el brillo de aquellos ojos grises, que demostraban una voluntad de lucha poco común.

— Sí, amigo mío—dijo—. Lo he logrado por fin. Desde el principio hice lo posible por convencer al Gobierno de que nuestra actitud tenía algo de siniestro.

— ¿Eh?

— Naturalmente. Cómodamente protegidos en la parte más segura de la ciudad, dejamos que las moscas se apoderasen de las ciudades satélites, desgraciadamente desprovistas de los medios que nosotros, afortunadamente, poseemos. ¿Han muerto todos sus habitantes?

— Me temo que sí.

— No importa. Si, por desgracia u otra cosa, hemos olvidado nuestros deberes, atrapados por un miedo cerval, hora es que hagamos algo. Además, Bat, los víveres —disminuyen terriblemente.

— Haré lo que me mande.

— He estado estudiando detalladamente el problema, Miller. Y me parece haber encontrado una pequeña solución. —Sonrió —. ¡Sí se pudiesen comer las bombas!

— No le comprendo, señor.

— Tenemos armas de sobra y pocos víveres. Tendremos que utilizar las primeras.

— ¿Cómo?

— Como sea. Hay mil aparatos en los hangares, herméticamente cerrados. ¿Por qué no emplearlos?

— Usted dirá cómo.

— Les daremos salida, fumigando después los hangares, para permitir la vuelta, de los aparatos, sin que esas malditas moscas lo llenen todo.

— ¿Y qué haremos con los aviones?

—¡Destruir! Lanzarán principalmente bombas napalm, abrasando cuantos insectos podamos. Pero hay algo más...

Hubo un silencio.

— El de las zonas abrasadas; descenderán equipos de paracaidistas especialmente acondicionados, que podrán recorrer las ciudades satélites, viendo si ha quedado alguien con vida. Llevaran trajes de repuesto para los que puedan encontrar; trajes sencillos, pero que aislaran a los que se los pongan de los insectos.

— Comprendo.

— Quiero que se dé usted cuenta del efecto del napalm sobre las moscas. Si la destrucción merece la pena, fabricaremos mas y limpiaremos zonas cada vez más amplias, desde donde seguiremos la lucha.

— Bien.

— Ordene la marcha de cien escuadrillas.

— Señor...

— ¿Qué?

— Yo quiero ir con ellos.

Spencer preguntó, sonriente:

— ¿Y quién se lo discute?

— ¡Gracias!

Salió del despacho, corriendo hacia la Sala de Mandos, en la que empezó a organizar febrilmente la marcha. Una hora después quinientos hombres marchaban hacia los hangares pilotos, mecánicos, bombarderos. Los aparatos fueron desprovistos de sus capas de plástico, y los camiones—tanque, al mismo tiempo que los orugas, cargados de bombas, se arrimaron a los aviones, nutriéndolos de todo lo necesario.

Miller se sentía como nuevo.

¡Ya era hora de que se decidiese algo!

Poco le importaba la calidad del enemigo. Lo importante era combatir

a aquellos horrendos animales que se estaban apoderando del planeta.

Subió al aparato y conectó su radio.

— ¡Amigos! He aquí la oportunidad que todos nosotros esperábamos. Vamos a intentar algo verdaderamente importante. Espero de todos vosotros el entusiasmo que siempre demostrasteis. Que el enemigo sea hombre o mosca, eso debe sernos indiferente; pero quizá sea este adversario de ahora mucho más terrible que el otro. ¡Lo destruiremos! ¡Vamos a demostrar a esos asquerosos insectos que es mucho mas difícil de lo que se han podido imaginar el vencer al hombre! ¡Adelante!

Rugieron los aviones.

Una vez los hombres de los servicios auxiliares salieron de los hangares la puerta gigantesca se abrió suavemente.

Y las moscas entraron.

Fue como si la noche hubiese penetrado.

Dándose cuenta del peligro que corrían, y desesperado por no haber contado con aquello, Miller gritó;

— ¡Motores al máximo! ¡Todos fuera!

Y dando el ejemplo lanzó su aparato hacia la claridad avistada momentos antes. Rugieron las toberas, lanzando llamas de cerca de tres metros de longitud y los aparatos avanzaron, deseando salir de allí, fuese como fuese.

Algunos tuvieron muy mala suerte.

Despistados por la falta de luz, a pesar de marchar con los reflectores de a bordo encendidos, chocaron con las paredes del hangar, incendiándose como teas. Los reflectores, en realidad, no servían casi para nada, ya que su luz se estrenaba, inexorablemente, contra el muro de negrura que formaban los insectos.

De todas formas, conociendo perfectamente la pista que salía de la misma puerta, Bat y los que lograron encontrar la salida, despegaron poco después, ascendiendo a toda velocidad, hasta que, pasado el muro de las moscas, llegaron a la luz del día, que hacía semanas no veían.

Bat aspiro el aire de su depósito, como si en realidad respirase el que rodeaba a su aparato. La luz del sol le hizo entornar los ojos; pero jamás se había sentido mas feliz.

— ¿Cuántos faltan? —pregunto por radio.

— Treinta y uno.

Bat torció el gesto.,

— Localicemos cualquier ciudad satélite. Hay que empezar.

Maniobraron utilizando el radar, única manera de perforar el denso muro de moscas que se extendía por doquier, como un repugnante manto movible que hubiese caído sobre la Tierra.

Era espantoso pensar que bajo aquella capa yacían las ciudades, los pueblos, y que, incapaces de encontrar espacio para volar, las moscas estaban apiñadas, las unas junto a las otras, devorándose, la mayor parte de las veces entre sí, ya que, para muchas, era completamente imposible llegar hasta el suelo, donde, por otra parte, también era problemático encontrar algo que comer.

Aquello hubiese sido, normalmente, la pérdida de las moscas, que al devorarse entre sí, hubieran terminado por exterminarse; pero la velocidad de su reproducción era superior a todas las causas contrarias a la supervivencia de la especie.

¡El fatídico gene ««XR» velaba cuidadosamente de ello!

Pronto empezaron a llegar a los aparatos las imágenes del radar, determinando la existencia, debajo de las moscas, de una de las ciudades satélites.

Tras determinar su situación exacta, Bat dio la orden de iniciar un bombardeo por los alrededores, de manera a crear una faja limpia donde poder lanzar sus paracaidistas y penetrar, fuese como fuese, en aquella ciudad.

Los aviones maniobraron cuidadosamente.

De súbito las puertas metálicas se abrieron y las bombas empezaron a caer, desgarrando el aire con su característico silbido. Allá, abajo, después de atravesar la insensible masa compacta de insectos, empezaron a estallar verdaderos abanicos de llamas, que quemaron cientos de miles de insectos, dejando por unos instantes claros

circulares que permitieron que los hombres pudiesen ver la tierra ennegrecida por el fuego.,

¡Por unos instantes!

Aquella fue la realidad, ya que, apenas habían terminado de arder las bombas de napalm, se corrió la cortina de moscas, haciendo casi imposible determinar el lugar donde habían caído, a no ser por la tenue humareda que atravesaba a veces la capa de dípteros.

— ¡Maldita sea!

Miller estaba furioso al ver que todas sus esperanzas se venían a tierra. El plan de Spencer le había parecido formidable, al menos teóricamente; pero ahora, al llevarlo a la práctica, lo veía como una locura, ya que, tal y como acababa desdichadamente de comprobar, la lucha contra las moscas era una tarea imposible.

La humanidad tendría que darse por vencida.

Hay algo contra lo que no puede lucharse: contra lo infinito. Y las moscas, sin llegar realmente a serlo, poseían el número que para los humanos sobrepasaba todos los cálculos posibles y que, por ende, tenía el valor de un infinito verdadero.

No había que ver más que la densa capa que cubría la Tierra. Debía alcanzar los trescientos metros o más. Y desde aquella importante altura hasta el suelo, sobre una superficie de millones y millones de kilómetros cuadrados, el espesor de la capa era el mismo, excepto sobre el mar.

Calcular la cantidad de insectos que podría haber en uno solo de aquellos kilómetros cuadrados era algo como para volverse loco.

No había otro remedio que regresar a los hangares.

Y sólo de recordarlo Miller, como seguramente el resto de los hombres, palidecían de horror. Si en aquellos momentos, en vez de tripular aviones, hubiesen ocupado alguna astronave —los astropuertos habían quedado a merced de las moscas, ya que estaban alejados de las ciudades—, se habrían alejado de la Tierra, buscando otros cielos más benignos.

¿Qué hacían los pobladores de los otros planetas al no recibir noticias de la Tierra?

Con toda seguridad que habían sobrevolado el Globo terráqueo, preguntándose qué horror negro había caído sobre él. Y al no ver más que aquella alfombra que lo cubría, debían haberse alejado, plenamente convencidos de que la Tierra, como mundo habitado, había dejado de existir.

Miller se dio cuenta de que tenía que tomar, forzosamente, una determinación.

— Hay que prepararse, muchachos —dijo por el micrófono.

Y en aquel momento, uno de los pilotos, con voz nerviosa:

— ¡Un momento, señor!

— ¿Qué ocurre? ¿Quién eres?

— Toprez, mi comandante. Tercera escuadrilla.

— ¿Qué pasa?

— Me parece haber visto un claro hacia la ciudad satélite número seis.

— ¿Te has vuelto loco? ¿No será una nube baja?

— No lo creo, señor. Hasta me ha parecido ver casas...

— ¿Eh?

— Eso creo, mi comandante.

La emoción hizo palpitar el corazón de Miller a toda velocidad.

— ¿Rumbo? —inquirió con fuerza.

— Seis, uno, cero, señor.

— ¡Vamos!

Silbaron las toberas y los aparatos giraron, tomando rápidamente la dirección que les había indicado Toprez.

Momentos después, con los ojos desmesuradamente abiertos, Bat se daba cuenta de que aquel muchacho había dicho la verdad. Porque, de no ser una alucinación colectiva, generada por el deseo que palpitaba en todos los pechos, aquello era una ciudad satélite, completamente limpia... ¡¡Sìn moscas!!

Era curioso ver que los insectos formaban una especie de muro negro alrededor de la ciudad, como si estuviesen sostenidos por una poderosa fuerza invisible.

Sobrevolaron la ciudad, llamando insistentemente:

— ¡Aquí escuadrillas de socorro! ¡Contesten!

Una voz sonó, casi en seguida, en los auriculares de los pilotos.

— ¡Oímos y os saludamos!

— ¿Podemos aterrizar? No necesitamos mucho espacio, ya que llevamos frenadores.

— Háganlo en el parque, al oeste. Vamos a recibirlos.

— Perfectamente.

Qué alegría daba ver las, gentes pasearse tranquilamente por las calles, por donde circulaban algunos vehículos, muy pocos. Era el espectáculo mas maravilloso que se había visto jamás.

Tomaron tierra poco después.

Una multitud entusiasta les rodeaba cuando descendieron del aparato y Bat tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para acercarse a las autoridades.

— Llegamos de la ciudad, señor —dijo, estrechando la mano que le tendían.

——Bien. Hemos intentado comunicarnos con ellos pero no lo hemos logrado. ¿Hay muchos supervivientes?

— Un setenta por ciento.

— No está mal.

— ¿Cómo han logrado librarse de ellas, señor?

— Ahora se lo explicaré; en realidad tuvimos mucha suerte de que se hallase entre nosotros, pasando unos días, un químico europeo: el profesor Hummel... Él ha sido nuestro salvador.

CAPÍTULO VI

SPENCER, escuchaba atentamente.

— Lo lograron, mi coronel, quemando vapores de cromo, estabilizados de no sé qué manera. Esos vapores de cromo rodean la ciudad, protegiéndola como una muralla que ni uno solo de esos malditos insectos puede atravesar.

— ¡Es formidable!

Bat sonrió.

Había regresado, completamente solo, después de comunicarse por radio con su coronel, al que estaba ahora relatando las maravillas que había contemplado en la ciudad satélite número seis.

— Usted no puede imaginarse, señor, el efecto que hace volver a ver la luz del sol y respirar el aire libre... Yo, paseándome por aquellas benditas calles, creía estar soñando.

Y señaló los ventanales del despacho del coronel, tras los que la negrura de los insectos seguía imponiendo una noche interminable.

— ¿Y qué le han dicho?

— Que están dispuestos a ayudarnos. Poseen cromo en cantidad y enviarán a ese formidable profesor, con sus ayudantes, gentes de la ciudad satélite que él instruyó, para que repitan la hazaña aquí.

— Tengo que comunicárselo inmediatamente al Gobierno General. Por desgracia, las otras ciudades satélites y otras muchas no podrán servirse de este fantástico descubrimiento.

— Ya lo sé; pero podremos comunicarlo a las otras grandes ciudades que, como nosotros, han conseguido aislarse, la manera de librarse de la horrible noche que les rodea.

— Es muy importante eso del cromo. Fabricaremos bombas y haremos retroceder a los insectos lo más lejos posible. ¿Comprende usted por qué?

— No, señor.

— Hemos de liberar tierras laborables. Los alimentos escasean cada vez mas y el problema puede agudizarse muy pronto. Liberando amplias zonas, nuestros tractores y los demás servomecanismos se encargarán de preparar algunas cosechas rápidas, ya que, por el momento, habiendo desaparecido todos los animales domésticos que nos servían de alimento, excepto algunas parejas que tardarán, naturalmente, en darnos la cantidad necesaria, deberemos conformarnos con una alimentación vegetal.

— No es mala.

— Ya lo sé. Hemos de empezar a resurgir, poco a poco; pero lo importante es haber encontrado un arma, aunque limitada, contra esas malditas moscas.

Bat se extrañó.

— ¿Limitada?

— Naturalmente. Tendremos, por ahora, una frontera horrible, una barrera de insectos, dispuestos a caer sobre nosotros y reconquistar el terreno perdido en el momento en que los vapores de cromo dejen de producirse. ¿Entiende?

— Si.

— Sera algo semejante a lo que pasaba en las antiguas fronteras del Imperio Romano. Los barbaros eran como estas moscas. Las legiones las contenían; pero, al primer descuido, al primer desfallecimiento, penetraban profundamente, dispuestos a terminar con el orden de Roma...

— ...y terminaron con él.

— Ha sido sólo un ejemplo, Miller. Nos defenderemos con todas las energías a nuestra disposición. Buscaremos cromo y, si no lo hallamos, lo sintetizaremos. Por el momento, mientras llega ese maravilloso profesor, quiero que se prepare, con varias bombas cargadas de cromo, para hacer una experiencia, por nuestra cuenta y riesgo, sin que nadie sepa nada.

— ¿De qué se trata, señor?

— De lo que antes le decía: tratar de conquistar las tierras de labor. En cuanto tenga preparados los proyectiles, con el cromo dentro, bombardeará. Cualquier zona cultivable y me comunicará los

resultados.

— Encantado.

— Es una lucha por nuestra supervivencia, amigo mío. En cuanto las otras grandes ciudades del mundo hayan conseguido liberarse de la misma manera que nosotros, los humanos empezaremos a organizamos. Por suerte, tenemos el camino del aire completamente abierto y nuestros aviones pueden ir y venir, estableciendo un contacto más que necesario. Uniremos nuestros esfuerzos a los de los hombres de otras ciudades. Y, estoy seguro, poco a poco avanzaremos hasta que alguien descubra la manera de borrar de la superficie de la Tierra esos malditos insectos.

— Eso es lo que todos esperamos.

— Prepare la experiencia de la que hemos hablado. ¿Cuándo va a llegar ese profesor Hummel?

—No tardará.

* * *

Conteniendo su impaciencia y paseando como un león encerrado, Eliot no separaba la mirada de la puerta tras la que el profesor Templer estaba «deshibernizando» definitivamente a Irma.

Le parecía un sueño haberla tenido allí, en su propia casa, durante todas aquellas semanas, mas de dos meses y medio, sumida en un letargo artificial, como una princesa de aquellos cuentos infantiles, en los que la heroína, bajo un maleficio cualquiera, era capaz de dormir cien años...

Ahora iba a despertar.

Y la proximidad de aquel gran momento, la cercanía del instante en que iba a oír de nuevo su hermosa voz, en que podría verla moverse, llena de vida, como tantas veces lo había hecho, le llenaba al mismo tiempo de alegría y preocupación.

Porque, indudablemente, habría que explicar a Irma que su esposo había muerto de una manera que no se había podido aclarar aún y que

ella misma había sido el objeto de un artero ataque psicológico que, por fortuna, según decía el profesor Templer, no dejaría huella alguna.

La puerta se abrió.

Sonriente, el profesor Templer salió, llevándose el índice a los labios y reteniendo al joven, que ya se disponía a penetrar en tromba en la estancia.

— ¿Qué hay? — inquirió Winder con ansiedad apenas contenida.

El médico había cerrado la puerta.

— Una veintena de minutos y la tendremos aquí. Mis enfermeras están elevando la temperatura hasta lo normal y animando el corazón con unas inyecciones.

— ¿Está bien?

— Completamente. Su fisiología no puede ser más normal.

— ¡Qué alegría!

Hubo una pausa.

Los dos hombres se habían sentado en la sala y encendido sendos habanos.

— ¿Ha vuelto a decir algo la televisión?

Eliot asintió:

— La llegada de ese profesor Hummel es inminente. ¿No es una suerte, profesor?

— ¡Y que usted lo diga! Hemos vivido los momentos más angustiosos que jamás sufrió la Humanidad. Nunca hubiese pensado ni imaginado un peligro semejante.

— Por fortuna, Irma ha desconocido todo esto.

— Todavía podrá percatarse de ello. Y será curioso ver que dice cuando vea que los animales de los que más se ocupó, han sido capaces de poner en peligro de desaparición a la especie humana.

— ¡Ojala pudiésemos ofrecerle un mundo en el que todo estuviese olvidado!

El profesor sonrió.

— Debe usted amarla mucho, señor Winder.

— Mucho.

— Ya se ve.

Se impuso un largo silencio; después, Eliot, incapaz de resistir aquella quietud que le ponía nervioso:

— Profesor.

— Diga.

— ¿Cree usted que quedara completamente bien?

— ¿Irma?

— Perfectamente. Hemos prolongado la hibernación para conseguir que su organismo se limpiase por completo. Durante todo ese periodo hemos inyectado antibióticos potentes y visto que la infección que padecía desaparecía definitivamente.

— ¡No sabe cuánto se lo agradezco!

— No diga bobadas. Yo también le estoy agradecido, ya que le debo, sencillamente, la vida. De no haber pensado en mi, cuando todo era ignorancia y desconocimiento, me hubiese quedado en mi finca de los alrededores, de la que no hubiese podido salir jamás.

— Cumplí con mi deber, obrando un poco por egoísmo, ¿por qué no confesarlo?

— Un egoísmo que me fue tan beneficioso no merece un calificativo tan desagradable.

La puerta se abrió y Eliot se puso automáticamente en pie.

Una mujer apareció en el umbral y el corazón del joven empezó a dar desesperados saltos.

Pero no era Irma, sino una de las enfermeras que se acercó al profesor.

— Ya está.

— ¿Se ha levantado?

— Sí.

— ¿Todo normal?

La enfermera frunció el entrecejo.

— Dice cosas un poco extrañas.

Templer sonrió.

— Es el comienzo de un pequeño período de confusionismo. Restos de sueños que ha podido tener. ¿Vamos míster Winder?

Una sensación de frío había invadido al pecho de Eliot desde que había oído las sibilinas palabras de la enfermera.

— ¿Usted cree que...? —balbució.

— ¡Venga usted, hombre, y no tema nada! ¡Ya verá!

Avanzaron, penetrando en la estancia.

Irma estaba, allí.

Al lado de la enfermera, contemplaba, sin comprender, la negrura intensa que se veía al otro lado de los ventanales.

Al oír llegar a los dos nombres se volvió, descubriendo inmediatamente a Winter. Una exclamación de alegría brote de su garganta, precipitándose hacia él y lanzándose a sus brazos, apretándolo contra sí con toda la fuerza que poseía.

— ¡Eliot! ¡Eliot! ¡Gracias a Dios!

Él le acaricio los cabellos, procurando retener la emoción que le ahogaba.

— ¡Pequeña Irma! ¡Cálmate, por favor!

Ella terminó por dejarse arrastrar a un sollozar, que templo un poco sus deshechos nervios; después, levantando la cabeza, miro, a través de las lagrimas, al hombre que deseaba ver con más fuerza.

— ¿Eres tú, Eliot?

— Yo, querida. No temas...

— ¡Qué bien se está a tu lado! Porque no dejarás que los otros vuelvan a acercarse, ¿verdad?

Winder frunció el entrecejo.

— ¿Los otros?

El médico, sonrió, acercándose meloso:

— ¿A quién se refiere usted, señora?

Ella se volvió, sorprendida por aquella voz que sonaba por primera vez en sus oídos y que, sin embargo, estaba segura de haber oído antes.

Abrazóse más fuerte a Eliot.

— ¿Quién es este hombre, Eliot?

— El profesor Templer. El te curó. ¿No le recuerdas, Irma?

Ella dudo unos instantes; después contestó:

— Sí que lo recuerdo; pero sigo sin recordar al profesor Levon.

— ¿Levon? ¿A quién te refieres, cariño?

— Al que encontramos Lorent y yo en Marte...

Winder lanzó una rápida, más desesperada, mirada al profesor.

— ¿Seguro que lo viste en Marte, Irma?

— Seguro... ¿Por qué no dices que se vayan todos, Eliot?

— Está bien, querida.

Rogó al doctor y a las enfermeras que saliesen, acompañándolos hasta la puerta, con el corazón destrozado por el estado mental de la mujer.

«La he perdido para siempre» —pensó.

De nada habían servido los esfuerzos de aquellos meses, ni los tratamientos: el cerebro privilegiado de Irma no había podido resistir los embates de la tortura psíquica que había recibido.

Cerro la puerta y se volvió hacia ella, que no dejaba de mirarle con renovado interés.

— ¿Te encuentras mejor, Irma?

—No estoy enferma, Eliot, sino sorprendida.

— ¿Sorprendida?

— Sí. Cuando, por ejemplo, te hablé de Marte, miraste al doctor como si temieses que hubiese perdido la razón, ¿no es así?

Winder sintió una escalofrío que le recorría la espalda. Por un momento estuvo tentado de volver corriendo en busca del médico, ya que aquella lucidez, en medio de aquella confusión mental, no podía augurar nada bueno.

Pero, bruscamente, pensó que lo mejor sería poner las cartas sobre la mesa y saber hasta dónde todo aquello había afectado la integridad mental de la mujer amada.

— Temía por tu razón, Irma; ésa es la verdad.

— Y no me extraña. Yo también pase miedo al despertarme y encontrarme ante las dos enfermeras... Luego vi al profesor Templer.

— ¿Lo reconociste?

— Si. Lo había visto antes en varias ocasiones cuando asistí a sus conferencias.

Hizo una pausa; después:

— ¿Cómo llegue a tu casa, Eliot?

— Te traje yo.

— ¿Y... mi marido?

Winder se mordió los labios, ya que le hubiese gustado que el profesor estuviese a su lado.

— ¿Ha muerto, Eliot?

— Sí; pero... ¿lo sabías?

— No.

— ¿Entonces?

— Lo he leído en tu cara. —Y después de un corto silencio—: No te horrorices por lo que voy a decirte, Eliot; pero me alegro de que haya ocurrido asi...

— ¿Qué es lo que dices, Irma?

Se había alarmado de nuevo cuando se hacía la ilusión de hablar con una persona completamente normal.

— Te digo la verdad, Eliot, amigo mío. Tú no puedes comprender...

— ¡Pero, Irma!

— Si. Yo me case con Lorent —había bajado los ojos y parecía contemplar la punta de su zapatilla derecha—, y ya sabes que lo hice completamente convencida de que era mi mejor partido, desde el punto de vista del corazón. ¿Verdad que lo sabes?

— Si.

— También estoy segura de que él no fue del todo el culpable de todo aquello. Pero te aseguro que no podría soportar su presencia ni un solo segundo. Por eso, sintiéndolo mucho, puesto que le quería, prefiero... no que haya muerto, pero sí que hubiese desaparecido, que se hubiera ido lejos, muy lejos, para no volver jamás.

— ¿Que os pasó, Irma?

— No lo sé. Hay todavía mucha confusión en mi espíritu. Pero él, no sé por qué, dejo que le suplantasen. Y desde el momento que marchó para comprar las flores ya no volví a verlo. Porque todos los Lorent, que llegaron a mi habitación y los que estuvieron conmigo en Marte no eran él.

Wínder sintió que el sudor empapaba su frente.

Súbitamente, decidido, dijo:

— ¡Tú no has estado nunca en Marte, Irma!

Ella levanto la cabeza, mirándole con una expresión de indecible sorpresa.

— ¿Que quieres decir, Eliot?

— Cuando, creyendo que estabas de viaje y que debías haber regresado ya, fui a veros al hotel, me dijeron que no os habíais

movido de la habitación, que tú estabas enferma y que Lorent salía muy poco, aunque era a él al único que habían visto.

— ¡Es fantástico!

— Es cierto, querida, Puedes estar segura de que te digo la verdad.

— Ya me imagino que no me mientes; pero entonces… mi viaje a Marte,—mis trabajos con el profesor Levon, mis demostraciones con las moscas…

Eliot dio casi un salto.

— ¿Has dicho con las moscas?

— Sí. ¿Por qué?

— ¿Qué hiciste en Marte, querida; por el amor de Dios, que hiciste con ese profesor Levon?

— Le demostré haber descubierto el «XR».

— ¿Y eso qué es?

El gene que podría hacer de las moscas las dueñas de la Tierra.

— ¿Tú… hiciste eso?

— Sí. ¿Por qué pones esos ojos asustados, Eliot?

Él logró con un gran esfuerzo reserenar su rostro.

— Escucha, Irma: esto es muy importante. ¿Qué hiciste, concretamente, con ese Levon?

— Convertí unas, moscas que tenía en una cámara dotadas de «XR». Eso fue todo.

— Luego… aquellas moscas eran capaces de originar otras que podrían dominar, como antes has dicho, la Tierra, ¿no es así?

— Debió destruirlas.

Hubo un silencio.

— ¿Conocías a Levon, Irma?

— No lo había visto en mi vida.

— ¿Y no sabes que no hay ningún laboratorio en Marte?

— ¿Eh?

— Escucha, Irma: Marte, tú lo sabes igual o mejor que yo, es una estación, y nada más que eso, de paso para los planetas habitados… En Marte no hay más que un espaciódromo y un hotel: el «Universo».

— ¿Entonces?

— Tú no estuviste en Marte, querida. Cuando te encontré estabas bajo el efecto de una fuerte catalepsia, y no me extrañaría que te hubiesen hecho creer todas esas cosas extrañas… y fatídicamente ciertas.

— ¿Por qué dices eso?

— Ven y mira, Irma.

La acercó al ventanal, haciendo que acercase el rostro al cristal.

— ¿Sabes qué es eso que se ve ahí afuera, Irma?

— No.

— ¡Son moscas! Moscas que se han adueñado de la Tierra.

— ¡Ahora comprendo! —exclamó.

— ¿Sí?

— ¡Sí! Aquel Levon, que Dios confunda, no destruyó los ejemplares que logré transformar, sino que los lanzó sobre la Tierra.

— Eso explica muchas cosas, Irma. Millones y millones de seres lo han pagado con sus vidas.

— ¡Es horroroso!

Y después de una pausa preguntó:

— ¿Qué interés criminal podía tener Levon?

— Pero ¿quién es ese Levon? ¿No te das cuenta, querida, de que no ha podido ser ningún hombre quien haya forjado todo esto?

— No te comprendo, Eliot.

— ¿Qué ser humano podría haberte envuelto en esa pesadilla sin

sacarte del hotel? ¿Qué ser humano hubiera tenido necesidad de abrir el cerebro de Lorent para investigar en su interior con un encefalógrafo robado? Y, sobre todo, ¿a qué ser humano convendría que la Tierra se viese invadida por las destructoras moscas?

— ¿Quieres decir que estamos siendo víctimas de un ataque procedente del exterior, Eliot?

— Esta es la única explicación, Irma.

TERCERA PARTE

L O S T I T A N E S

CAPÍTULO VII

SE arrastraban, perezosamente, sobre las tibias rocas, lamiendo las sustancias alimenticias, una especie de moho que lo cubría todo. Un sol débil les llegaba desde más allá de Marte y detrás de ellos, hacía los confines del Sistema Solar, Júpiter era el primer planeta que se encontraba.

Eran seres plasmáticos, multiformes, con un cuerpo que, generalmente, adoptaba la forma de una gigantesca amiba, con aquellos dos cuernecillos orales, de poca longitud, en cuyo extremo brillaban un doble par de ojos.

Se erguían pocas veces, prefiriendo arrastrarse, sobre el acolchado de una baba que segregaba, constantemente, una serie de órganos ventrales.

Lo curioso era que más de un setenta por ciento de su primitivo organismo estaba formado por sustancia nerviosa, esencialmente cerebral, lo que hacía de ellos, a pesar de su aspecto elemental, seres de una inteligencia y poderes mentales portentosos.

Amisis, el jefe de todos ellos, no se diferenciaba mucho de los demás: los titanes eran casi completamente idénticos; pero, no obstante, su sentido práctico y las promesas le habían llevado a la más alta jefatura.

¡Las promesas!

¿Desde cuándo vivían pendientes de ellas, regocijándose, por adelantado?

Las habían concebido de todas maneras, saboreándolas por anticipado; pero de todas las que habían sido hechas por los jefes anteriores, las

que ofreció Amisis tenían, al menos, una posibilidad remota de convertirse en realidad.

Porque el espacio estaba habitado.

Hasta entonces las promesas no habían sido más que hermosas elucubraciones, complejos proyectos que habían hecho posible una distracción capaz de tranquilizar aquellas mentes potentes.

Pero ahora, desde que poseían la seguridad de la existencia de otros seres inteligentes, que cruzaban el espacio en sus naves, las «promesas» eran caminos casi reales que, de un momento a otro, podrían ser seguidos.

Todo dependía de la suerte.

De la suerte y de la red mental que habían extendido hasta muchos miles de kilómetros alrededor de Titán. Día y noche sus cerebros habían establecido el cepo en el que, más o menos tarde, caería la ansiada presa. Corrientes mentales de gran potencia recorrían sin cesar el espacio, esperando que una de las inteligencias extrañas, de las que habían sido capaces de volar de un planeta a otro, cayese en ellas.

Y eso fue precisamente lo que ocurrió, en aquel día, bajo el reinado de Amisis.

Cuando los Titanes se percataron de que la nave del espacio penetraba en sus redes, se sintieron plenamente felices, ya que nadie podía escapar a la potencia mental de sus tremendos cerebros. Así, unas horas más tarde. después de milenios de espera, la astronave terráquea se posó, blandamente, sobre uno de los escasos llanos que ofrecía el pequeño planeta.

Un hombre, con su traje espacial, bajó del aparato, casi inmediatamente seguido de otro, que parecía turbado.

— ¿Por qué diablos has tenido que posarte aquí, Daniel? — inquirió el primero.

— Ya te he dicho, Richard, que los motores no funcionaban bien.

El llamado Richard lanzó una mirada en derredor suyo. Las rocas, cubiertas de musgo, era le único que parecía verse allí.

— ¡Bonito lugar! ¡No me gusta, Daniel!

— A mi tampoco. Voy a ver si no son las toberas que se hayan obturado.

— Date prisa. Ya te digo que este planeta no me gusta.

Los titanes observaron curiosamente, pegados al suelo y ,sin mover más que los pedúnculos de los ojos, aquellos seres que habían sido capaces de salir de su planeta de origen, surcando valientemente el espacio.

Estaban analizándoles mentalmente y pronto comprendieron que el llamado Richard era el más inteligente de los dos. Su cerebro estaba lleno de ideas y ellos se maravillaron al ver, a través de la mente del hombre, todo lo que habían conseguido sobre la Tierra.

Insaciables, los titanes ahondaron más y más en la mente de aquel hombre, obteniendo respuestas concretas del cerebro de Richard, que contestaba a todo, sin que su dueño pudiese evitarlo o se enterase de nada.

Poco a poco, gracias a la amplía cultura de aquel hombre, pudieron saber, en el corto espacio de tiempo que poseían, todo lo que, por el momento, podía interesarles.

Y Amisis se sintió complacido.

Dirigiéndose a otro Titán, que ocupaba un alto rango en aquella sociedad inconcebible:

— ¿Te has dado cuenta de la sencillez de su lenguaje, Omón?

Éste asintió.

— Si. Es elemental, en extremo.

— Pero han conseguido muchísimo mas que nosotros.

— Ha sido debido a su constitución rígida. Date cuenta, Amisis, de que no son, como nosotros, seres plasmáticos, sino que mantienen siempre la misma forma. Eso hace que, no tienes mas que contemplar al llamado Daniel, posean esas extremidades superiores con las que se sirven maravillosamente bien.

— Comprendo.

— Nuestra plasticidad nos ha impedido hacer nada de eso; pero no debes subestimar nuestro poder mental.

— ¿Quién lo hace?

Hubo una pausa.

— ¿Piensas hacer, algo?

Amisis asintió:

— ¿Cómo quieres que desaproveche esta hermosa ocasión, Omón? Pero antes quiero distraerme un poco. Obsérvame.

Se arrastró, lentamente, hasta acercarse a una docena de metros de Richard, que, sin dejar de mirar hacía su compañero, que limpiaba cuidadosamente las toberas, miraba cuanto le rodeaba, seguro de que aquel musgo era todo lo que de vida había producido Titán.

Los cuatro ojillos de Amisis se quedaron inmóviles, fijos en la figura, del hombre que tenía ante él. Fue captando la imagen de Richard, copiándola en el interior de su cerebro con una precisión sorprendente, sin que ningún detalle, por pequeño que fuese, se le escapase.

Luego, cuando hubo «absorbido» la totalidad de la imagen, no tuvo más que «realizarla» bruscamente, como el fotógrafo, después del baño previo, hace que sobre la cartulina aparezca, en el revelado, las imágenes del negativo.

Y así, súbitamente, Richard vio un hombre que se acercaba a él.

Sorprendido, se puso en pie, mirando con desconfianza aquella figura que se aproximaba.

— ¿Quién es usted? —inquirió a través de la radio.

— Un amigo. ¿Cómo han llegado aquí?

— Una avería de la astronave. Y usted ¿qué hace aquí? ¿Y su aparato?

— Está al otro lado de la montaña esa…

Fue en aquel momento cuando Daniel, que había terminado de limpiar las toberas, regreso junto a su amigo. Por casualidad, el verdadero Richard estaba junto al aparato, de modo que Daniel se dirigió al otro.

— Ya podemos largarnos, Richard.

El hombre se volvió hacia él y señalándole a su compañero, dijo:

— Yo no soy Richard. Ahí lo tiene.

Daniel miro a uno y otro, abriendo la boca, presa de un estupor indecible.

— ¿Eh? ¿Qué clase de broma es esta?

Richard también acababa de darse cuenta de que aquel desconocido se le parecía extraordinariamente. Y un terror incontrolable se apoderó de él.

— ¡Vámonos, Daniel!

— ¡Un momento!

Miraron hacia donde había surgido la nueva voz y vieron otro astronauta que se les acercaba.

¡Aquél era idéntico a Daniel!

— ¡Hola!

Los dos amigos se miraron, percatándose de que algo horrible estaba ocurriendo. Finalmente, Richard, el verdadero, en voz baja, pegando los labios al micrófono:

— Debe de tratarse de alucinaciones, Daniel… ¡Marchémonos!

— No lo hagan—dijo el falso Richard—. Aquí vienen otros amigos.

Y así era en efecto.

Por la derecha, una treintena de Richards avanzaban lentamente. Y por la izquierda, un número semejante de Daniels lo hacía.

— ¡No! —rugió Daniel.

Había sacado la pistola, pero se detuvo, al ver que todos sus homónimos lo hacían, pareciéndole que se contemplaba en una serie de esos espejos que multiplican una simple imagen hasta el infinito.

— ¡Vamos!

Richard estaba decidido a huir, dándose cuenta del horror que les rodeaba; pero cuatro pares de brazos lo retuvieron fuertemente.

— Usted se queda aquí.

Dominados por los titanes, los dos hombres fueron separados de la astronave. Entre tanto, quizá para divertirse, cientos de titanes imitaban sus formas, paseándose sobre el planeta, ante los horrorizados humanos, que se creían presa de la más indecible pesadilla que hubieran tenido jamás.

Amisi se reunió con Omón:

— ¿Has visto qué sencillo?

— ¿Qué haremos ahora?

— Suplantarlos... Necesitamos conocer ese mundo que habitan y estudiar la manera de apoderarnos de él.

— ¿Crees que será fácil?

— No lo sé; pero eso podremos comprobarlo bien pronto.

Subieron a la astronave, ordenando a los otros que descargasen todas las provisiones que pudieran servir para los humanos. Los titanes podían pasar ayunos indeciblemente largos.

Una vez en el espacio y siguiendo las instrucciones que habían captado de los cerebros humanos, no les fue difícil poner rumbo a la Tierra.

Unas horas más tarde, cuando el sol se ocultó, los titanes se vieron obligados a recuperar su forma normal, dejándose caer en el suelo de la astronave para descansar las seis horas que sus organismos necesitaban de una manera perentoria.

* * *

Paseaban por la ciudad, «oyendo» mentalmente muchisimas cosas interesantes. E iban dandose cuente del poder real de aquellas criaturas y viendo cada vez más difícil la conquista de aquel maravilloso planeta.

Habían encontrado, en los alrededores de las ciudades, musgo de una calidad mil veces superior a la que poseían en Titan. Y por las noches, cuando abandonaban la ciudad, tornando a su forma natural, devoraban glotonamente aquel delicioso musgo, imaginando el placer

de los que habían quedado en su planeta, de poder estar junto a ellos.

— Tiene que haber una manera de destruir estas criaturas —dijo Omón.

— Todas las que hemos estudiado y recibido de la mente de los humanos no son validas. ¿Qué haríamos obligándolos a luchar los unos contra los otros? Están acostumbrados a hacerlo y utilizarían esas armas nucleares, dejando el planeta en malas condiciones para nosotros.

— ¿No podíamos desencadenar una peste?

— También lo he pensado; pero no es práctico. Además, su medicina, está muy avanzada y no lograríamos nada positivo.

— ¿Entonces…?

— Hay que seguir investigando. Ahondemos todas las mentes privilegiadas.

— ¿Tú crees?

— Si. Hasta ahora nos hemos limitado a «mirar» en los cerebros secundarios. Ya has podido darte cuenta de las enormes diferencias que existen entre el nivel mental de estos curiosos seres. ¡No sé cómo pueden vivir juntos!

— Yo también lo he pensado. Y, al recorrer las calles de la ciudad, he visto codearse al hombre primitivo, con un cerebro incipiente, junto a otro de una capacidad mental formidable.

— Han conseguido armonizar muchas cosas imposibles. Ese es su triunfo.

A partir de la mañana siguiente se dedicaron a la captura de los cerebros de primera fila. Visitaron universidades, centros de estudios, laboratorios. Hasta que Amisis, que parecía el más afortunado, cogió el brazo de su amigo.

— Creo que ya lo tengo.

— ¿Sí?

— Fíjate en ese edificio que hay ahí al lado.

— Ya lo veo.

— ¿Percibes las ondas mentales de un ser verdaderamente inteligente?

— Si.

— He leído, en esa mente, ideas curiosas sobre la posible potencia de unos seres inferiores, que podrían acabar con la especie humana. Por desgracia, la barrera del control consciente, no me deja penetrar del todo en ese orden de ideas.

— ¿Qué vamos a hacer?

— Entrar. Conoceremos a ese ser y haremos lo imposible por apoderarnos de su secreto

Momentos más tarde eran recibidos por Irma Chevernon.

— Usted nos perdonará, profesora, pero acabamos de llegar de Europa y deseábamos, antes de regresar, conocerla. Somos entomólogos y...

— ¡Ah! Han sido muy amables.

— Hemos leído todos sus libros, profesora. Y estamos maravilladlos de sus completos estudios sobre la herencia en las moscas.

— Muy agradecida por su lisonja, señor.

— Hubiéramos querido solicitar el permiso de usted para trabajar a sus órdenes una temporada; pero...

— ¿Su regreso a Europa?

— Sí.

— Créanme que lo siento; aunque, por otra parte, me hubiera sido imposible acceder e sus deseos, ya que voy a contraer matrimonio dentro de unos días. Y, naturalmente, estaré una temporada fuera.

— Comprendo. Entonces, profesora, no nos queda más que desearle todo clase de venturas, de todo corazón.

— Son ustedes muy amables.

Una vez fuera, los dos amigos se alejaron.

— ¿Te has dado cuenta, Amisis?

— Sí. Es uno de los cerebros más potentes que deben de existir en este

planeta.

— Y de los más resistentes. De nada, han servido mis sondeos .... La barrera defensiva, es formidable.

— ¡Y pensar que esta criatura posee lo que deseamos!

— No desesperes. Su cerebro, a pesar de todo, me ha dicho dónde puedo encontrar a la otra criatura con la que va a unirse. Si tenemos la suerte de que sea un individuo débil, la victoria, será nuestra.

CAPITULO VIII

LA visita que los dos titanes hicieron a Lorent, les demostró que habían acertado.

Haciéndose pasar por estudiantes de Filología clásica, se ganaron la simpatía del joven, enterándose fácilmente de todos los proyectos de la pareja, una vez se hubieran casado.

— Indudablemente —les dijo Lorent— quiero ir a Júpiter y Saturno, después de haber reposado unos días en Marte. Es un viaje que me había prometido hacía mucho tiempo.

— Encantador.

— ¿Lo han hecho ustedes?

— No hemos llegado mas que a Júpiter —mintió Omón—. Y, francamente, es muy hermoso.

— ¡Lástima que esos planetas no estén todavía suficientemente habitados! —dijo Amisis.

— Lo verdaderamente catastrófico, para nosotros —repuso Lorent—, es que no se haya encontrado habitantes en esos mundos. ¿Se imaginan ustedes las clases de estudios que se hubieran podido hacer desde el punto de vista filológico?

— Muy interesante——repuso Amisis—, pero ¿y si esos habitantes no hablasen como nosotros?

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que se comunicasen de otra manera.

— Seria igual. Siempre tendrían «una forma sustantiva» para cada cosas que conociesen.

Indudablemente, Amisis se estaba divirtiendo. Y como no le comprometía en absoluto aquella conversación, decidió poner en un brete a su interlocutor.

— No estoy de acuerdo con usted, señor Dehly.

— ¿Por qué?

— Porque puede haber formas de expresión que no tengan necesariamente que ceñirse a la obligada sustantivación de lo conocido.

— ¡Eso es imposible, mi querido amigo!

— ¿Usted cree?

— Naturalmente. Sea como sea la forma de expresión, no existiría un entendimiento sin precisar un «nombre» a cada cosa. ¿Puede usted concebirlo de otra manera?

— Es posible. ¿No ha pensado usted nunca en una «expresión integrativa?»

— ¿Qué es eso?

Omón lanzo un aviso mental, poniendo a, su amigo en guardia. Pero este le contesto, del mismo modo, diciéndole que no tuviese miedo, ya que la criatura que tenían enfrente sería completamente incapaz de sospechar con quién estaba hablando.

— Podíamos llamar «integrativa»—siguió diciendo el titán— a un modo de expresión puramente matemático. Usted sabe que la significación de los números, que son como los substantivos de la matemática, desaparece en los cálculos superiores. Todo, en esta clase de cálculos, se refiere a «funciones»; es decir, a hechos abstractos que rigen una serie de concretos, que no son necesarios más que para traducir un momento preciso. La ecuación de un movimiento posible no se refiere a ningún movimiento concreto, pero, al mismo tiempo, los expresa todos.

— Sigo sin comprenderle.

— Lo conseguirá en seguida. Así como el lenguaje primitivo necesita el sustantivo, al que modifica para adjetivar y hasta para dar sentido de verbo, del que muchas lenguas carecen, así, el lenguaje «integrativo» se sirve de universales, cuya concretización no es necesaria jamás. Los grandes matemáticos se «expresan» de esa forma, aunque estén obligados a particularizar por la especial estructura de su cerebro.

»Ahora bien, si fuésemos capaces de concebir unas criaturas dotadas de un cerebro verdaderamente superior, ¿no sería posible adjudicarles

un lenguaje integrativo?

— Si.

— Ahí está la demostración del ejemplo que le puse antes. Una especie viva de ese orden, no tendría necesidad de nombrar nada, ya que sus «palabras», si así pudiésemos llamarlas, «integran» todas las funciones gramaticales al mismo tiempo; de modo que una sola y única «expresión» es, a la vez, sustantivo, adjetivo, pronombre, verbo, etcétera...

— Me sorprende usted. Nunca había pensado en nada semejante.

— Pues vale la pena reflexionar sobre ello. Por el momento, no hemos logrado descubrir ninguna raza en los planetas que hemos visitado... pero, ¿quién sabe?

Se habían levantado, despidiéndose de Lorent, que seguía perplejo.

Cuando sus curiosos visitantes se fueron, Dehly, impresionado aún por todo lo que acababa de escuchar, se sentó en su despacho, cogió el magnetófono y dictó todo lo que acababa de oír, pensando que cuando tuviese un poco de tiempo, después del viaje de novios, estudiaría detalladamente aquel apasionante asunto.

* * *

Habían tomado las habitaciones vecinas a las que la pareja había reservado.

Omón se quedó en el hotel, mientras su compañero recorría la ciudad, ávido, como siempre, de informaciones.

Al caer la tarde, Amisis regresó cargado con un bulto de grandes dimensiones.

— ¿Qué es eso?—inquirió el otro.

— Un aparato que he cogido de un Instituto de Investigaciones. ¡Estos humanos son verdaderamente hábiles!

Y desenvolvió el paquete, mostrando a su amigo un complejo aparato, del que surgían multitud de hilos.

—Es un electroencefalógrafo; un aparato que sirve para medir la actividad eléctrica del cerebro.

Omón se extraño.

— ¿Y para qué lo necesitamos nosotros?

— Para ganar tiempo. Los humanos no se han dado cuenta del verdadero servicio que puede darles este instrumento. ¡Imagínate! Lo utilizan de una manera elemental y rutinaria.

— ¿Cómo?

— Colocando esos electrodos sobre la cabeza del examinando. ¿Comprendes? Toda la energía mental, al estrellarse contra los huesos del cráneo, se convierte en una fuerza que no dice nada. ¡Qué estúpidos son!

— ¿Crees poder emplearlo de otra manera?

— Naturalmente. Colocando estos electrodos directamente sobre el cerebro, se obtienen las ideas del individuo, pudiendo penetrar hasta en lo más íntimo de él.

— ¿Vas a emplearlo con la muchacha?

— No creo que sea necesario. Además, mi procedimiento no deja de ser peligroso. Y no podemos permitirnos perder las maravillosas ideas de esa mujer. Lo emplearé con él.

— ¿Para qué?

— ¡Pareces tonto! La única manera de romper la barrera defensiva de la mente de la profesora es adueñándonos de su confianza. ¿Qué mejor manera que dirigirla, suavemente, influida por su propio esposo?

— ¿No se dará cuenta?

— Probablemente, no; pero, si se la diese, lograremos que nuestra plasmatización sea cada vez más perfecta, nutriéndonos del «modo de ser» de él. Y para eso necesitamos poseer todo su contenido mental —señaló el aparato—, que lograremos con el electroencefalógrafo.

— Ya comprendo.

Y después de una pausa:

— ¿Cuándo llegan?

— No tardarán.

Callóse, lanzando su mente a las habitaciones vecinas. Poco después, sonreía.

— Ya han llegado.

— ¿Empezamos?

— Sí. ¡Un momento!

— ¿Qué pasa?

— Hay otro hombre con ellos. Espera... no interfieras tú. Déjame a mí.

Se concentró, diciendo después:

— Es un amigo íntimo de la pareja. Se llama Eliot Winder y está muy enamorado de ella, aunque es buen perdedor. Están bebiendo y charlando. Ahora se va.

— Mejor para él.

En efecto, se oyeron pasos que se alejaban por el pasillo del hotel.

— Creo que ya podemos empezar.

— ¿Cómo lo haras?

— Voy a influir para que él salga de la habitación. Verás.

Concentrose nuevamente y poco después sonreía.

— ¡Vamos a la puerta!

La abrieron, justo en el momento en que Lorent pasaba ante ella.

— ¡Hola!

Dehly se volvió, agradablemente sorprendido:

— ¡Ustedes!

— Pase un momento, profesor.

— Tengo muy poco tiempo. Mi esposa me espera.

— Nada más que un momento. Justamente hemos hecho un estudio sobre lo que hablábamos el otro día y queremos ofrecérselo como regalo de bodas.

— ¡Qué amables! Pero ¿cómo están ustedes en el mismo hotel que yo? ¿No regresaban a Europa?

— Demoramos un poco la salida; por favor, siéntese.

La orden partió al cerebro de Omón.

Este, que estaba a la espalda de Lorent, le golpeó, furiosamente, sobre el cráneo, haciéndole perder el conocimiento.

— ¡Ya está!

— Pasémoslo a su propia habitación. Aquí hay una puerta condenada, que no será difícil de abrir.

Momentos después estaban en la habitación de Dehly.

— Vamos al cuarto de baño. Ahí, en ese paquete, junto al aparato, hay dos frascos: uno con anestésico y otro con suero fisiológico. Trae los dos.

Mientras Omón anestesiaba a Lorent, su amigo extrajo un nuevo paquete, que había robado, como el resto, del Instituto ,y que contenía un equipo completo de cirugía craneana.

Omón afeitó la cabeza del desdichado, y Amicis, demostrando una técnica sorprendente, cortó la calota, dejando el cerebro al descubierto. Trabajaba velozmente, y diez minutos después de haber empezado la operación, ya habla aplicado los electrodos a las partes nobles del derecho de Dehly.

Posó los otros extremos sobre su propia cabeza.

Dos minutos le bastaron para captar casi la totalidad del contenido mental de Lorent. Después, soltándose los electrodos, se Volvió a Omón.

— Yo estoy dispuesto.

Bruscamente, su aspecto humano cesó de serlo, convirtiéndose en aquella materia gelatinosa que cayó al suelo, dejando ver los pedúnculos en los que se movían los cuatro brillantes ojos.

Pero aquella masa se animó en seguida.

Irguiéndose, fue tomando la forma del hombre que yacía en el baño, hasta parecerse como una gota de agua a otra.

— Voy a la habitación, debe de estar esperando.

Y salió de la de Dehly; pero, una vez en el pasillo, «recibió» una idea de Lorent, descendiendo, para cumplirla, al «hall». Se dio entonces cuenta de que no llevaba dinero y tornó a subir, vaciando los bolsillos del operado.

Unos minutos más tarde llamaba a la puerta de Irma, con un ramo de flores en la mano.

* * *

Cuando regresó a la habitación donde se hallaba Omón, éste, con impaciencia, preguntó:

— ¿Ha ido todo bien?

Amisis movió la cabeza.

— No del todo.

— ¿Por qué?

— Esa mujer es formidable. No sé cómo lo ha logrado, pero se ha dado cuenta de que yo no era su verdadero marido.

— ¡Es imposible!

— Estas equivocado, Omón. O estamos equivocados. Debe de haber un poder especial en ciertas criaturas. Creo que estos seres lo llaman «intuición».

— ¿Y qué vamos a hacer?

— Le he provocado un estado letárgico, única manera de poder ir avanzando. Cuando despierte creerá hallarse camino de Marte.

— ¿Y qué lograras con eso?

— Hacer vacilar su mente… Quiero, ya que no puedo atacar de frente, buscar una estratagema que me facilite el camino. Si le hago creer que está perdiendo la razón, su atención se desviará de los mecanismos de defensa sobre los que está constantemente posada.

— ¿Por qué lo hace?

— Porque se da cuenta de que ha descubierto algo tremendo y que ha de defender el secreto contra viento y marea.

— Comprendo.

— Una vez que su mente vacile, que ya no tenga confianza en si misma, no nos será; difícil tenderla el lazo donde ha de caer; pero antes necesitamos que su espíritu vacile.

— ¿Cómo lo lograrás?

— Una vez crea estar en la astronave, aunque siga desconfiando de mi identidad, la haré visitar por un psiquiatra de a bordo. Quiero después que tenga alguna prueba de su falta de razón; ya encontraré una. Tú debes preparar una plasmatización múltiple.

— ¿Para qué?

— Quiero que seas, al mismo tiempo, los vecinos de mesa de la astronave, algún que otro empleado y, últimamente, la enfermera y el doctor.

— Bien.

* * *

— ¿Lo has visto?

— Sí.

— Hemos logrado que su mente pierda la serenidad acostumbrada. Ahora, está desesperada, perdida entre unos hechos que no puede explicarse. Ha metido la mano dentro del cuerpo del doctor y esto ha sido lo que ha hecho temblar su espíritu.

— ¿Qué harás cuando despierte?

— Estará en Marte. Abandonada a su crisis angustiosa, contra la que se debate desesperadamente, ya no me creerá un extraño y volverá a tener confianza en mí.

— Eso espero.

— Es seguro. Por otra parte, ha llegado el momento de hacer que caigan las defensas de su mente.

— ¿Crees que lo lograrás?

— Sí. La haré trabajar, imaginativamente, en un magnifico laboratorio. Tú serás el profesor Levon, por ejemplo. Un hombre que se dedica a la genética de los insectos. Creo, sinceramente, que está ya dispuesta para decirnos todo lo que sabe.

— El hombre ha muerto.

— Me lo imaginaba; pero ya no importa. No lo necesitamos para nada.

— Menos mal.

— Lo verdaderamente irritante es el tiempo que tenemos que perder para descansar.

— No podemos hacer otra cosa.

— Ya lo sé; pero, de todos modos, es una pena. Sobre todo porque cuando descansamos tenemos que adquirir nuestra forma natural.

— Hemos adelantado bastante, sin embargo.

— Si, pero ardo en deseos de conocer lo que la mente de esa mujer guarda tan celosamente.

— Pronto lo sabrás.

Y así fue.

Horas más tarde, después de la total confesión de Irma, los dos titanes se reunían en la habitación de Lorent.

— ¡Ya está!

— ¡Es formidable!

— Nunca hubiese pensado que la mente de estas criaturas llegase a

profundidades semejantes.

— ¿Qué vamos a hacer ahora?

— Provocar la invasión de las moscas, cuyos cambios genéticos realizaremos en el propio laboratorio de esa muchacha.

— ¿Y después?

— Regresar a Titán. Hemos de utilizar unas cuantas astronaves, de las que nos apoderaremos por plasmaciones múltiples.

— Es peligroso, ya que tendremos que «partirnos».

— Lo sé; pero no hay más remedio. En cuanto lleguemos a Titán, haremos que nuestros compañeros nos ayuden. Y cuando regresemos a la Tierra, lo haremos cómodamente, con una sola plasmación.

* * *

Las tierras estaban cubiertas por aquella nube negra, que formaban los insectos que la sobrevolaban. Sólo, de vez en cuando, alguna ciudad permanecía limpia, porque no hacía mucho tiempo que se había provocado la catástrofe.

— Las astronaves se acercaban a la superficie.

— Mi plan —explicó Amisis— es el ocupar unas cuantas ciudades, limitándolas con individuos nuestros que, plasmatizandose, puedan formar un muro de contención.

— ¿Y después?

— Cuando los humanos hayan desaparecido, destruiremos el ««XR»...

— ¿Cómo?

— Ya me lo dijo Irma: bastará producir una mutación en unos miles de parejas para que el «XR», en unas cuantas generaciones, vuelva a ser un elemento recesivo.

— Debiste conservar a esa mujer.

— ¿Para qué? Todos sus conocimientos pasaron a mi mente; ya no nos serviría para nada.

Las astronaves fueron soltando a los titanes que, como masas gelatinosas, cayeron sobre los lugares ocupados por las moscas. Después, siguiendo las concretas instrucciones de Amisis, mataron a todos los habitantes, sustituyéndolos en una plasmación perfecta.

Los destinados a formar el muro de contención se dilataron al máximo, uniéndose los unos a los otros y formando, alrededor de las ciudades elegidas, una barrera que las moscas no pudieron franquear.

— Tenemos que esperar hasta que todos los humanos hayan muerto.

— ¿Cómo lo sabremos?—inquirió Omón.

— Con un poco de paciencia. Cuando estemos seguros de que han desaparecido, eliminaremos las moscas.

— ¿Es que crees que han podido resistir?

— No lo sé... He aprendido, desde que conocí a Irma, a no despreciarlos.

CAPÍTULO IX

EL inspector Thompson entró sonriente.

— ¡Me alegra volverle a verle, señor Winder!

— Eliot estrecho cordialmente la mano que el otro le tendía.

— Hemos estado separados circunstancialmente; pero ahora —y señaló los ventanales por los que la luz entraba a raudales— ya ha vuelto la seminormalidad.

— ¡Ha sido formidable! Pero, de todas formas, cuando salgo a los bordes de la ciudad y veo esa muralla de cromo, me dan escalofríos al pensar que puede fallar de un momento a otro.

— No lo creo. He oído lo que el profesor Hummel ha dicho por la televisión y nos ha dado toda clase de garantías. Además, inspector, y esto que quede entre los dos, no creo que las moscas tengan para mucho tiempo.

— ¿Es posible?

— Si. Irma se está recuperando aprisa. Por ahora, naturalmente, la he obligado a que repose; pero pronto podrá ir al laboratorio.

— ¿Sera capaz de darnos la tranquilidad?

— Seguro. Me lo ha afirmado y lo hará.

— ¡Es fantástico!

Charlaron de otras cosas, despidiéndose después el inspector, al que Eliot acompañó hasta la puerta de la calle.

Una vez fuera, Thompson subió a su coche oficial, dirigiéndose nacía una casa, al final de una de las importantes autopistas. Aparcó el coche y penetró, entrando en una habitación donde, en el suelo, reposaba una babosa enorme.

El mensaje mental partió:

— ¡Omón!

La babosa se irguió, haciendo brillar su doble par de ojos y tomando, a los pocos instantes, la forma de un ser humano.

— Descansaba, Amisis.

— Ya lo he visto.

— ¿Hay algo nuevo?

— Sí. Irma vive.

— ¿Eh?

— Vive y va a destruir a las moscas.

— ¿Es posible?

— Si. Por algo se me ocurrió matar a ese policía y plasmarme con su forma. Penetré así en la casa de Winter y pude saber lo que te acabo de contar.

— ¡Hay que evitarlo!

— Naturalmente. La ciudad está llena de humanos, pero muchos de ellos han muerto y han sido substituidos por titanes. Otras muchas ciudades también están ocupadas, parcial o totalmente, por los nuestros.

»Creímos que los humanos habían perecido en su totalidad, pero nos equivocamos.

— ¡Terminaremos con ellos!

— Sí, pero habremos de empezar por los que signifiquen un peligro inmediato para nosotros. Los otros pueden ir muriendo poco a poco. Además, quedan muchos más que titanes y ya sabemos lo peligrosas que son las plasmatizaciones simultáneas para uno de los nuestros...

— ¿Qué piensas hacer?

— Muy sencillo: vas a substituir a un tal Harold, el secretario de ese Winder. Lo atraeremos fuera, lo mataremos y lo plasmatizaras... ¿Entendido?

— Sí.

— Eso te permitirá penetrar en la casa de Winder y eliminar a esa

peligrosa mujer cuanto antes.

— Eso haré.

* * *

El aparato del comandante Miller se posó en el aeródromo. Momentos más tarde, Bat se dirigía, en automóvil, al edificio de la comandancia, siendo conducido, inmediatamente, en presencia de Spencer.

— ¿Qué hay, Miller?

— ¡Un fracaso, señor!

— ¿Cómo?

— Si. Y no habrá sido por no seguir sus instrucciones al pie —de la letra. Sobrevolé una zona, elegida entre las mejores y descargue once bombas de cromo, esperando los resultados.

— ¿Y qué?

— ¡Cosquillas!

— ¿Cosquillas? ¿Qué significa esa expresión, Miller? Estamos hablando en serio.

— Lo sé, mi coronel; pero no encontraba otra palabra más grafica; fue como si hiciésemos cosquillas a las moscas. Se dispersaron unos momentos, asustadas por la explosión y muriendo muchas de ellas. Después, como de costumbre, volvieron a ocupar aquellos claros y la cosa siguió igual.

— ¡Es imposible!

— Eso es lo que yo pensé. Luego, creyendo que había cometido algún error, volví a bombardear, una y otra vez, con idéntico resultado.

— Pero...

— Ya sé que va a decirme usted que estoy loco de remate y quizá. sea esto verdad. Aunque le aseguro que no seré yo solo el que pierda la chaveta.

— ¡Pero si el cromo detiene las moscas!

— Ya lo sé...

— ¿Y cómo las bombas de cromo no hacen nada?

— Eso no lo sé.

— ¡Tendremos que informar al Gobierno y hablar con el profesor Hummel!

— Alto ahí, señor.

— ¿Qué le pasa, Miller?

— Yo, en su lugar, no hablaría con ese profesor. He venido pensando, durante todo el camino, y hay algo que me parece sucio en este Juego.

— ¿En este... juego?

— Sí. Durante mucho tiempo, ignoramos la existencia. de ciudades salvadas del cataclismo. Sin embargo, y usted lo recordará, no dejamos de radiar ni un solo instante.

— Es verdad.

— ¿Por qué no realizamos una investigación sobre ese profesor?

— Pero ¿qué es, concretamente, lo que usted sospecha, Miller?

— ¡Ay, si lo supiese! Es, simplemente, una intuición mi coronel; una intuición basada en el hecho real de los resultados obtenidos con las bombas de cromo.

El visófono avisó, en aquel instante.

— ¿Diga?

— Aquí, del Gobierno General, coronel... Hay una reunión, urgente, en el domicilio de Eliot Winder, ¿lo conoce?

— ¿El fabricante químico?

— Sí.

— Lo conozco.

— Dentro de media hora. Parece que hay novedades interesantes.

Eliot ha regado que se adopten todas las medidas de seguridad posibles.

— ¿Hay algún peligro?

— Eso parece.

Se apagó el visófono y Miller, que había oído la conversación, sonrió.

— Gracias a Dios que no soy el solo en «haber olido» algo.

— Vendrá conmigo.

— ¿Yo?

— Si.

Momentos después y protegidos por vehículos policíacos, los dos hombres se detenían ante el edificio de la «Winder», penetrando, mas tarde, en la sala de sesiones, donde estaban ya casi todos los miembros del Gobierno General.

También se hallaban Irma y Eliot.

Éste, después de que le rogaron que hablase, dijo:

— Voy a resumirles ciertas cosas extrañas, acontecidas a la profesora Chevernon, aquí presente. Estoys seguro de que va a parecerles una horrenda pesadilla; pero estamos dispuestos, tanto ella como yo, a facilitarles cuantos detalles deseen.

Habló, extensamente, contándolo todo desde el principio.

Los presentes, con una expresión de asombro en el rostro, escucharon atentamente, sin despegar los labios ni una sola vez.

Cuando Eliot terminó su relato, el coronel Spencer conto lo acontecido en el viaje de Miller y el fracaso de las bombas de cromo.

Se levanto Irma.

— El cromo, señores míos, facilita el desarrollo y la conservación del «XR». ¿No se dan cuenta de que estamos siendo víctimas de un engaño, de un fraude enorme?

— ¿Cree usted, señora Chevernon, que estamos siendo ocupados por seres extraterrenales?

— Es casi seguro. Lo que me ocurrió a mi demuestra, evidentemente, que esas criaturas poseen mentes superiores; pero, de todos modos, al tener que utilizar procedimientos tan complicados conmigo demuestra, también de una manera indescriptible, que sus poderes no son ilimitados.

— ¡Eso es verdad!

— Por otra parte, conocemos una de sus facultades portentosas: las de tomar la forma de cualquier ser humano. Eso es lo más peligroso, ya que pueden infiltrarse fácilmente entre nosotros.

Hubo fruncimiento de entrecejos y miradas de desconfianza.

Irma continuó:

— De todas maneras, mientras yo preparo las generaciones de moscas que terminarán con el factor «XR», habremos de esforzamos en descubrir algún punto débil de esas criaturas.

«Una vez lo poseamos, no nos será difícil destruirlas, ya que no se habrán adaptado aún a nuestro ambiente.

— ¿Una pregunta, señora Chevernon?

Era Miller quien se había levantado.

— ¿No sabe usted cómo lograron entrar en relación con su... esposo?

— No.

— Creo que debieron ganárselo de alguna forma especial, ya que no hubiese seguido a sus «compañeros» de no haber tenido confianza e interés, sobre todo sabiendo que usted le esperaba en su habitación.

— Eso es evidente.

— Lo que quiero decir es que no perderíamos nada echando una ojeada a su habitación de soltero. Si me permitiese...

— ¿Por qué no?

Miller, después de informarse del domicilio, salió rápidamente.

— ¿Cómo podríamos conocer la diferencia entre un ser humano normal y uno de esos... seres? —preguntó uno de los miembros del gobierno.

Irma sonrió, tristemente.

— Por el momento, amigo mío, eso es imposible, ya que, si lo supiésemos, podríamos destruirlos rápidamente.

— Es verdad.

Siguieron hablando hasta que la entrada de Bat, con el rostro encendido de gozo, cortó todas las conversaciones.

Avanzó el piloto, con el magnetófono.

— ¡Oigan esto!

Y la voz de Lorent sonó, grave, repitiendo lo que le habían contado los extraordinarios visitantes, tan versados en Filología.

Irma lanzo un grito.

— ¡También me visitaron dos jóvenes a mí!

— Debieron de ser los mismos— dijo Eliot —. Eso, señores. nos demuestra que la hipótesis de una invasión extraterrenal ha dejado de serlo, convirtiéndose en una terrible realidad.

— Tendremos que tomar medidas.

— Creo—intervino Irma— que una de las medidas más lógicas sería permanecer en grupos.

— ¿Usted cree?

— Si. No se atreverán a atacar si estamos juntos. Y como sabemos que necesitan destruir el cuerpo para plasmarse de una manera continua, será. una forma de evitar que nos vayan sustituyendo.

* * *

Incapaz de resistir mas, Eliot abandonó el laboratorio que había sido montado en su casa y donde Irma, rodeada de ayudantes, trabajaba para conseguir las generaciones de moscas que sucediesen a la raza del factor «RH».

La casa estaba rodeada de fuerzas policíacas, armadas hasta los dientes.

Pero Eliot estaba nervioso.

Saliendo del laboratorio, recorrió las solitarias habitaciones. En la planta superior se había alojado, provisionalmente, el Gobierno General en pleno.

Winder se daba cuenta de la importancia de aquellos momentos, en los que se estaba jugando el porvenir de la humanidad.

Miller le salió al paso:

— ¿Nervioso?

— Mucho.

— Yo también. Son demasiado listos para no haberse dado cuenta de lo que nos proponemos. Deben de estar en guardia.

— Esta espera es horrible.

— Tiene usted razón. Sobre todo, ignorando la manera en que pueden organizar su ataque. Además, no sabemos cómo son.

— Eso es lo peor, que pueden aparecer con su forma o con la mía.

— Es para volverse lobo.

Guardaron unos segundos de silencio.

— Creo que me pondré a trabajar.

— ¿Eh?

— Quiero ir tomando notas de todo lo que ha ocurrido. Voy a buscar a mi secretario... ¿No lo ha visto usted?

— No.

La noche estaba tranquila y mientras se dirigía hacia la habitación de Harold, Eliot lanzó una mirada, a través de uno de los ventanales, hacIa el cielo.

¿De dónde había llegado aquella horrenda amenaza?

Desde luego, lo importante era que aquella noche no fuese como la que habían conocido, cuando las moscas lo oscurecían todo.

Llegó ante la puerta de la habitación de su secretario.

— ¡Harold!

Le parecía mentira que aquel hombre pudiese dormir tranquilo, en una noche como aquélla, en que todos tenían los nervios de punta.

Repitió la llamada.

— ¡Harold!

Nunca había visto a su secretario tan apartado del interés general; por el contrario, Harold era tan activo como incansable.

— ¡Harold!

Oyó los pasos que se arrastraban, al otro lado de la puerta:

— ¿Quién es?

— Yo, Harold.

— ¿Qué desea?

— He de dictarle unas cosas y computar unos datos. ¿Quiere salir?

— En seguida, señor.

Tardó muy poco y Eliot admiro lo planchado de su traje y la blancura de su camisa, así como su aspecto fresco.

— Gracias, Harold. ¿Vamos al despacho?

— Si, señor.

Marcharon y se pusieron a trabajar inmediatamente. Todos los datos de la experiencia fantástica de Irma fueron agrupados en una carpeta.

— ¿Estaba usted en la reunión, Harold?

— No, señor.

— ¿Sabe que tenemos la seguridad de haber sido invadidos por seres de otro mundo?

— ¡Pero eso es fantástico!

— En efecto; pero no por eso deja de ser desdichadamente cierto.

— ¿Y qué vamos a hacer, señor?

— Combatirlos.

— ¿Cómo?

— Por el momento, suprimiendo sus aliadas: las moscas... Son muy inteligentes, pero no fuertes.

— ¿Por qué?

— Porque han tenido que ser ayudados por las moscas para eliminarnos. Me los imagino débiles. En vez de luchar contra nosotros, como yo habría esperado un ataque del exterior, han querido eliminarnos, indirectamente, para apoderarse de la Tierra.

— ¡Es horrible!

— No se preocupe. En el momento en que logremos descubrir cómo son, acabaremos con ellos.

— Eso espero, señor.

Siguieron trabajando, hasta que Eliot experimentó un cansancio horrible.

— No puede más, Harold.

— ¿Lo dejamos, señor?

— Si; pero va usted a hacerme un favor.

— Usted dirá..

— Pase por el laboratorio y entérese de cómo van las cosas. Diga a Irma que iré dentro de un rato.

Harold sonrió levemente.

— Voy, señor.

Al quedarse solo, Eliot pensó que no le vendrían mal unos minutos de descanso. Salió del despacho y se encaminó hacia su habitación. Pero,

al pasar ante la de su secretario, se percató que la puerta había quedado abierta.

¿Qué absurda curiosidad le impelió entrar?

Casi en seguida, una vez dentro, descubrió las dos cosas:

El lecho estaba hecho, sin huella de que nadie hubiese dormido en él.

Y en el suelo, sobre la alfombra, una baba dibujaba la silueta imprecisa de un ser horrible, que debía haber reposado allí.

— ¡Irma!

CAPÍTULO X

LE invadió una sensación de angustia que le clavó en el suelo.

Alocado, con mil ideas contradictorias en la mente, no fue capaz de reaccionar, como si se considerase muy poca cosa al lado del horrible peligro que les rodeaba.

¡Harold era uno de «ellos»!

Aquella verdad fue la que golpeó su inercia, haciendo que saliese disparado de la habitación, recorriendo los pasillos, a toda velocidad, hasta que atravesó la puerta del laboratorio.

— ¡Irma!

Ella se volvió, sorprendida.

— ¿Qué ocurre, querido?

Pero Eliot no le contestó.

Acababa de ver a Harold, junto a la muchacha y lejos de él, percatándose de que, con el cuerpo lleno de sudor, cualquier palabra podía provocar el desastroso final que se temía.

Hizo un esfuerzo… y consiguió sonreír.

— Me había quedado traspuesto, querida. Y soñé cosas horribles… Por eso vine corriendo. ¿Verdad que hemos trabajado demasiado, Harold?

¡Tenía que disimular!

Era necesario que aquel ser horrible no se percatase de nada, que siguiese creyendo que ignoraba la tremenda verdad.

— ¿No es verdad, Harold? —insistió.

— Me temo que sí, señor.

Sólo entonces, al obtener aquella respuesta, se atrevió a avanzar, lentamente sin dejar de sonreír, hacía Irma.

— ¡Qué ganas tengo de que acabe todo esto!

— Todos las tenemos, Eliot.

— ¿Cómo van los trabajos?

Ella le señaló una cámara de cristal:

— Ahí están nuestros futuros soldados, querido. No hay más que un centenar, pero antes del alba habrá millares que, puestos en libertad, se convertirán en millones…

»He dado preferencia al gene reproductor y tardarán un par de semanas en acabar con las otras.

— ¿Lucharan con ellas?

Ella sonrió.

— No. Al cruzarse las unas con las otras, los machos de esta cepa con las hembras «XR» y las hembras «XR» con los machos de esta cepa, darán origen a una generación en la que el «XR» será francamente recesivo…

»seguirá habiendo muchas moscas pero ya serán sensibles a todas las causas destructivas…

— ¿A mis insecticidas también?

— Naturalmente.

— ¡Voy a regalar todas las existencias!

—No debes ser así… Piensa en nosotros, Eliot.

Aquella confesión, inesperada, estuvo a punto de hacer olvidar al joven el peligro que planeaba sobre ellos; pero, rehaciéndose, logró acercarse a Irma y su secretario.

— No creo que sea el momento oportuno de decir eso, querida.

— ¿Por qué no?

— Hay otros momentos, ¿no es verdad, Harold?

— No comprendo, señor.

— ¡Qué lástima!

Estaba ya entre el hombre e Irma.

— ¡Qué lástima! —repitió—. Hay ocasiones que uno quisiese prolongar indefinidamente, como si fueran únicas. Y ésta es una de ellas.

— ¿Por qué, señor?

— Porque es, como si dijésemos, un momento crucial de la humanidad.

— ¡Estás muy extraño, Eliot!

— Perdóname, querida. Voy a terminar en seguida.

Su mano, disimuladamente, se había posado sobre una mesa, agarrando una pesada mano de mortero.

Súbitamente, su brazo describió un arco perfecto y el mortero golpeó la cabeza de Harold, que no sonó como un cráneo humano, sino como si el golpe hubiese caído sobre un montón de gelatina.

La figura de Harold desapareció, y desplomándose, lentamente, la figura amiboide del titán fue perfectamente visible para todos.

— ¿Qué es eso?

— ¡Un acido! ¡Rápido!

Irma cogió un frasco del anaquel vecino, entregándoselo a Eliot que, destapándolo, lo vertió sobre la gelatinosa masa que se movía en el suelo.

La amiba pareció hervir; después, coagulada, se tornó rígida, significando que acababa de morir.

* * *

Una comunicación urgente fue televisada aquella noche.

«Descubierta la naturaleza de los seres que han invadido la Tierra, ordenamos a todas las fuerzas policiales y soldados, así como a todos los ciudadanos, que vigilen el sueño de los demás. Los seres invasores

toman su forma original cuando descansan.

»La destrucción de esas criaturas es sumamente fácil: basta verter sobre ellos cualquier acido corrosivo para matarlos.

»Grandes cantidades de ácidos serán distribuidos en todas partes.

»El Gobierno General espera un entusiasmo sin límites en la lucha contra los invasores…»

Entretanto, del laboratorio instalado en las fábricas «Winder», millones de moscas eran soltadas cada día. Nuevas generaciones salían de las cámaras de cristal.

Aviones del Gobierno, cargados de moscas, «bombardearon» los insectos con «XR», lanzando sobre ellos millones y millones de dípteros, sobre todo hembras, que iban a cambiar el curso trágico de la herencia, modificada por los titanes.

Hubo que volver a cerrar las ventanas, ya que los titanes que formaban los muros de contención, al saber la muerte de sus compañeros, deshicieron las murallas; pero, al poco tiempo, cientos y cientos de aviones rociaron ciudades y campos con poderosos entomicidas.

La densidad de las moscas fue cediendo.

Aquella lucha, que duró tres años, fue la más espantosa que había conocido la humanidad.

Todos prestaron su entusiasmo. Y las gentes, que habían sacrificado todo, ya que se habían visto obligadas a «matar» a sus seres más queridos, que en realidad no eran más que titanes, luchaban desesperadamente contra las moscas.

Poco a poco, las nubes de insectos se hicieron menos densas.

De Europa, de África, de Asia y de Oceanía, empezaron a llegar noticias, dando cuenta de la terrible importancia de la catástrofe. Por todas partes, excepto las pocas ciudades que se habían defendido, el resto había perecido bajo las patas de las moscas.

Tres años más tarde, las moscas habían desaparecido.

El mundo se dispuso a empezar a crear, impulsado por esa maravillosa fuerza que no cede jamás.

* * *

Miller detuvo su vehículo ante la fábrica «Winder».

Momentos después, cuando entraba en el despacho, se encontró a Eliot sonriente y con una flor en el ojal.

— ¿Celebramos algo?

— Nada, querido secretario. ¿Te encuentras bien en tu nuevo puesto?

— Como un ángel.

— Me alegro.

— ¿Que tarea es la de hoy?

Winder sonrió, mefistofélicamente.

— ¡Misterio!

— ¿Eh?

— Si, Bat, misterio.

— ¡Qué le vamos a hacer!

Eliot le miró, de hito en hito:

— ¿Tienes algún traje de ceremonia?

— No.

— Pues ya puedes ir a comprar uno; es decir, telefonea a mi sastre y te tomas tú mismo las medidas ante el visófono. El te dirá cómo debes hacerlo.

— Pero, ¿qué pasa?

— ¿Conoces a Irma?

— Eso creo.

— Pues ha llegado la hora de casarnos.

— ¡No!

— ¿A qué viene esa exclamación negativa?

— ¡Hombre! Yo esperaba este acontecimiento hace tres años.

— Entonces, no. Quisimos hacerlo cuando la pesadilla hubiera terminado.

— Y... ¿cuándo es la boda?

— Hoy.

— ¡Magnífico! Voy a hablar al sastre.

Iba a acercarse al visófono cuando este se encendió.

— ¿Diga?

Y al ver la faz sonriente del coronel Spencer, frunció el entrecejo.

— ¿Extrañado de verme, eh?

— Un poco.

— Desde que te has hecho un hombre importante, Bat.

— Yo siempre le aprecio.

— ¿Es verdad eso?

— ¿Por qué lo dice?

— Porque ahora voy a ofrecerle la ocasión de demostrármelo.

— ¿A qué se refiere?

— Escucha. Hay un grupo de escuadrillas, de astronaves, dispuestas a salir... Sólo me falta un jefe.

— Ya sabe que me retire de la profesión.

— ¿No quieres volver a volar?

— No.

— Lo siento. Voy a ordenar a otro que se haga cargo. ¡Es una lástima!

— ¿Por qué?

— Porque van a destruir el nido de los bichos que nos invadieron.

— ¿Eh?

— Sí, amiguito, sí. Hemos descubierto el lugar de donde llegaron aquellos seres gelatinosos.

— ¿De dónde?

— De Titán. Bueno, chico... ¡buena suerte!

— ¡Espere!

Spencer sonrió.

— ¿Qué quieres?

— Yo, ¡Quiero mandar esa formación!

—Lo sabía.

— Pero será, mi último vuelo: lo prometo.

— Bien. Te espero.

Se tornó blanca la pantalla y Miller se volvió a Eliot.

— Lo comprendes, ¿verdad?

— Sí, Bat. Yo mismo, si pudiese, iría contigo. Es una misión que nos debemos a todos... Así la tranquilidad de la Tierra estará garantizada.

— Adiós... ¡y buena ceremonia!

— Gracias. No dejéis ni uno, ¿eh, Bat?

— ¡¡Ni uno!!

Y salió en tromba de la estancia.

EPÍLOGO

Ha pasado el tiempo.

¿Quién recuerda ya aquellas horas de angustia?

Las ciudades y los pueblos vuelven a expresar la alegría de sus calles limpias, de sus niños que corretean por los jardines, de los pájaros que cantan en las ramas de los arboles.

Todo ha cambiado.

Todo, incluso la gran fábrica «Winder», que ya no fabrica insecticidas. Porque los insectos han desaparecido de la Tierra.

Todos.

Fue tan intensa la acción de represalia que los hombres desencadenaron para librarse de las moscas «XR» que todos los demás insectos dejaron de existir.

El vehículo que conduce Miller al lado de su joven esposa se ha detenido ante el pabellón último de la fábrica «Winder»; una construcción deliciosa, rodeada de un hermoso jardín.

Desciende la pareja y/atraviesa la verja. Inmediatamente un niño y una niña corren alegremente hacia ellos.

— ¡Tío Bat!

— ¡Tía Helen!

Hay distribución de regalos; después:

— ¿Y mama?

— Está en casa.

— ¿Papá?

— En la fábrica.

— Bien.

Entran en el amplio y luminoso «hall». Y la mujer no tarda en salir, besando afectuosamente a los recién llegados.

Luego pregunta:

— ¿Habéis regresado ya?

— Sí, —responde Bat—. Nuestro viaje de novios ha sido delicioso. Hemos estado en Plutón.

Ella se asombra.

— ¿Tan lejos? ¿En ese mundo helado?

Ambos ríen.

— ¿Helado? No, amiga mía. ¿Es que no te has enterado de lo que ha hecho la Compañía de Astrocolonización francesa?

— No.

— Ha instalado un «termorreactor» en el interior del planeta y la temperatura es verdaderamente deliciosa. ¡Si vieses que jardines!

Irma sonríe.

— Deben de ser muy bonitos.

— Mucho.

En aquel momento Eliot, con paso rápido, penetra en la estancia.

— ¡Qué sorpresa! Creía que os habíais ido a formar vuestro nidito en la Estrella Polar.

— No tanto.

Se sentó después de estrechar las manos que calurosamente le tendían.

— Han estado en Plutón, querido.

— ¡Vaya frío!

Le explicaron con todo detalle lo de la termorregulación.

— ¡Pero eso es fantástico! —exclamó.

— Tú no lo sabes bien aún...

— ¿Por qué?

Bat se levantó, empezando a deshacer un paquete.

— Es un regalo para los dos. Los niños ya tienen los suyos.

Siguieron interesados los manejos de su joven amigo.

Pero al ver la caja de cristal, Irma y Eliot dieron un brinco, acercándose al paquete.

— ¡Moscas!

— Sí, amiga mía... Moscas, mariposas, hormigas...

¿O creías haber terminado con ellas?

Irma dijo, después de unos instantes:

— Me alegro de no haber acabado.

— ¿Por qué?

— Porque, aunque parezca mentira, los insectos estaban para algo. Había los repugnantes, es verdad; pero ésos podían ser eliminados... Pero ¿y los otros? Las abejas dejaron de producir miel, las mariposas no volaron sobre las flores... Exageramos un poco, ¿no es verdad?

— ¿Qué quieres decir, querida?

Ella se volvió hacía su esposo:

— ¡Voy a liberar estas especies una vez haya producido la cantidad suficiente! Entonces, sólo entonces, habremos conseguido la verdadera normalidad.

Y mirando a Bat—: ¡Es el mejor regalo que me han hecho jamás!



[1] La Genética es la ciencia biológica que se ocupa de los problemas de la herencia en los seres vivos. Todas las células poseen un número fijo de filamentos visibles en el momento de la división cariocinética, que determinan la especie, ya que no hay dos que tengan el mismo número. Estos filamentos nucleares, llamados «cromosomas», contienen una serie de gránulos pequeñísimos -los «genes»- responsables directos de la herencia. Hay genes que determinan el color del cabello, la fuerza física y hasta ciertas características psicológicas del individuo. Los genéticos modernos poseen mapas completos de «genes» de algunas especies animales, pudiendo producir variaciones en generaciones sucesivas.

[2] Todo el juego de la herencia se baraja con el «antagonismo» entre Los «genes» del padre y los de la madre. Ese antagonismo está regido por las leyes fundamentales de la genética y consiste en la «presencia frente a frente» de caracteres, uno de los cueros resulta «dominante» y otro «recesivo», venciendo el primero, generalmente. La dominancia puede verse bruscamente alterada por un carácter que, hundido en lo más hondo de la masa hereditaria, tome bruscamente carta de naturaleza, relegando a los otros a un plano secundario. Ese fenómeno se denomina mutación.